Aqua marina

175

Ruiz.

EL AGUA MANSA,

COMEDIA ORIGINAL EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

Representada á beneficio del primer actor D. Joaquin Arjona, en el Teatro del Príncipe, la noche del 5 de Enero de 1854.

N.° 228.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 33.
1854.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/elaguamansacomed489rodr

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

257069

PERSONAS.	ACTORES.
CASTA.	Doña Teodora Lamadrid.
VIZCONDESA	Doña Lorenza Campos.
JULIA.	Dona Cristina Ossorio.
MAGDALENA.	Doña María Rodriguez.
RUFINA.	Doña Elisa Molina.
SERAFIN.	Don Joaquin Arjona.
CARLOS.	Don Manuel Ossorio.
EL CONDE	Don Fernando Ossorio.
DON ALBERTO.	Don Manuel García.
BRAULIO.	Don José Alisedo.
DON CRISANTO.	Don Antonino Bermonet.
CABALLEROS 1.° y 2.°.	Sres. Cáceres y Zamora.
UN CRIADO.	Don N. Alvarez.

Tres mozos de las diligencias.—Cobradores.—Damas.—Caballeros y lacayos.

La accion pasa en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Salon-despacho en la casa de un negociante. El frente, cerrado por una barandilla con puerta en el centro, cuya derecha, que es tambien la del actor, conduce á la calle, y la izquierda á las dependencias de la caja.—Óyese dentro contar y vaciar talegas de dinero, y se ve de tiempo en tiempo cruzar algunos cobradores cargados con ellas.—En el salon, á la izquierda, una puerta que comunica con las habitaciones interiores: á la derecha una chimenea, al frente de la cual, y en bata, está sentado don Serafin, dando la espalda á don Alberto, el que á la izquierda lo está junto á un velador examinando varios papeles con la atencion mas profunda.

ESCENA PRIMERA.

DON ALBERTO.—SERAFIN.

SERAF. *(Mirando un termómetro.)*
Dos bajo cero... ¡Dios mio!
me hielo, segun mi cuenta...
¡Si esta lumbre no calienta!
Padre, ¿no tiene usted frio?
¿No teme usted los estragos
de... ¿Se calla?.. pues señor,
no andará bueno el humor...
como hoy es dia de pagos...
¡Por vida del mundo entero!
¡Suerte mas perra y avara...
(Mirando á hurtadillas á don Alberto, que ha dejado los papeles sobre el velador, quedando como abismado en hondas meditaciones.)
¡Vaya usted con esa cara
hum!.. á pedirle dinero.

Y no hay remedio; es preciso:
tengo que dar una cena
en casa de Magdalena,
y... ¡ni esto!.. ¡qué compromiso!
Si hoy la suerte me abandona,
si no salgo de este apuro...
me araña, me... ¡de seguro!
pues ¡apenas es tragona!
¡Qué diablos!.. voy á lo cierto:
perdido por mil, perdido...
Padre?.. oye usted?.. ¡Se la ha olido!
pues, se calla... se hace el muerto.
¡Adios mi dulce ilusion!...
Es inútil predicar:
cuando se empeña en no dar,
no dá... ni conversacion.

ALBERT. (¡Quebrar la casa Del Rio!
¡Santos del cielo... ¿qué es esto?
¡horrible golpe, funesto!
¡Qué vá á ser de mí, Dios mio!)

SERAF. No hay medio; ¿á qué es cabilar...
y pues sin cena quedamos,
á lo menos no perdamos
el derecho de almorzar.
(*Tira del cordon de la campanilla, á tiempo que viene don Crisanto de la caja con papeles en la mano.*)
¡Qué trueno va á haber!.. ¡Dios santo..!
¡Qué á punto Braulio acudió...
¡Oye bárbaro!..

ESCENA II.

DON ALBERTO.—SERAFIN.—DON CRISANTO.—*Despues* BRAULIO *por la puerta de la izquierda.*

CRISANT. ¿A quién...

SERAF. (*Notando su equivocacion.*)
Oh!...
perdone usted, don Crisanto.
No va con usted, no va...
¡cómo ha de ir? este lenguaje;

sino con aquel salvaje;
que sale allí.
(Sale Braulio y se dirige muy despacio hácia Serafin.)

CRISANT. Bien está.
(Se dirige á don Alberto.)

SERAF. Dia aciago... el orizonte
se me cierra... ¡estará escrito!
Braulio! Braulio!...

BRAUL. ¿Señurito...

SERAF. Ven acá, rinoceronte.

BRAUL. Jé! jé!... jeee!...

SERAF. ¡Noble mortal!
feliz tú, Braulio, ¡dichoso!...
¡qué gordo estás!...

BRAUL. Yo...

SERAF. ¡Qué hermoso!
¡qué frescote... y qué animal!

BRAUL. Eso...

SERAF. Tú vives sin penas:
tú, buen Braulio, no te cuidas
de almuerzos ni de comidas,
de cenas!.. ¡ni Magdalenas!
(Siguen aparte.)

CRISANT. *(A don Alberto.)*
Esto hay vencido á pagar;
y esto lo que ya han cobrado.

SERAF. Hijo, estoy desesperado...
dame pronto de almorzar.

BRAUIL. Fuerte?

SERAF. No, ¡qué disparate!...
¡bueno estoy para... infeliz!...
Salmon, *pâté*, una perdiz,
Burdeos... y chocolate...

BRAUL. Sopla!

SERAF. Con bollo tostado:
agua, azúcar y azahár...

BRAUL. *(Retirándose por la izquierda.)*
Digo que va á rebentar...
de puro desesperado.

ALBERT. Esta partida se lleva
nuestro efectivo... redondos
cien mil duros...

CRISANT. Psé! los fondos
del conde de Casa-Nueva
montan doble, y ahí están.
ALBERT. Ese es muy mal espediente.
CRISANT. ¿No tiene cuenta corriente?
ALBERT. Sí.
CRISANT. Entonces ¿á qué ese afan?
ALBERT. Don Crisanto, yo no puedo
tocar á fondos sagrados
que me están encomendados...
CRISANT. Pues no comprendo ese miedo,
ni por qué se apesadumbra:
él no es fácil que retire
hoy los fondos, ni que gire
por mas de lo que acostumbra.
Pues bien: la cosa es tan llana
que ni importancia le doy:
cubramos el cargo de hoy
con el haber de mañana.
Si esto es solo un taz á taz:
tengo letras, señor mio,
contra la casa Del Rio;
realizo, saldo, y en paz.
Del Rio paga al contado.
ALBERT. ¡Qué ha de pagar!
CRISANT. ¿Cómo qué..?
Siempre ha pagado, y no sé
por qué hoy no...
ALBERT. Porque ha quebrado!
CRISANT. ¡Ha quebrado!.. San Dionis!!
ALBERT. Y es tan justo mi quebranto,
que... lea usted, don Crisanto,
esta carta de París.
SERAF. Si yo le diera otro avance...
CRISANT. Luego habrá que suspender
los pagos!...
ALBERT. No sé qué hacer...
vamos á ver el balance.
(Se dirige á la caja: Serafin les sale al encuentro.)
SERAF. Padre?.. Una urgencia precisa...
un compromiso tenaz,
me obliga...

ALBERT. *(Con despego.)*
Déjame en paz.
SERAF. *(Queriendo detener á don Crisanto.)*
¿Don Crisanto...
CRISANT. Voy de prisa.

ESCENA III.

SERAFIN.—*Despues* BRAULIO.

SERAF. Soberbio!... oportuno esfuerzo
que á no cenar me condena:
no hay cena... vamos ¡no hay cena!
(Dejándose caer de pronto en la butaca.)
Me alegro!!
BRAUL. *(Sale trayendo el almuerzo en una gran bandeja, que coloca en una mesilla enfrente de Serafin.)*
Aqui está el almuerzo.
SERAF. Y ya ¿qué medios extremos
me quedan por explotar?
Ninguno!... Mas... ¡renunciar...!
Discurramos.
(Se deja caer de espaldas en actitud de meditar, y despues de una pausa instantánea, dice:)
Almorcemos.
BRAUL. Almurcemos; hace bien.
SERAF. ¿Opinas tú que...
BRAUL. Sí, tal:
comer es lo prencipal...
SERAF. Pues ¡y cenar...
BRAUL. Oooh! tambien.
SERAF. Bravo! Una vez que no niegas
su importancia, almorzaremos,
y las penas ahogaremos...
(Viendo cruzar á varios mozos cargados con sacos de dinero.)
Eh? Braulio... ¡cuántas talegas!
BRAUL. Hay de ellas un buen monton.
SERAF. ¡Si nos dieran unas cuantas...!
BRAUL. ¿Para qué, señor, son tantas?
SERAF. Qué! ¿no tienes ambicion?

BRAUL. En eso no voy ni vengo:
para vestir y comer,
y para lo que he de ser,
me sobra con lo que tengo.
SERAF. ¿Te sobra, dices?... (Le abordo.)
BRAUL. Yo de ocultarlo no trato...
SERAF. Y haces bien: ¿tú tendrás gato...
y ¿qué tal?... está muy gordo?
BRAUL. Eh...! poca cosa...
SERAF. Simplon...
vaya, á ver, á ver, Braulillo:
¿á cuánto asciende el ahorrillo...?
BRAUL. Tengo ya ahorrado... ¡un doblon!
SERAF. (¡Un doblon!... parva materia!)
Bruto!!
BRAUL. ¡En qué pude pecar?
SERAF. Y ¿te has atrevido á ahorrar...
nada mas que esa miseria?
BRAUL. Si nunca tuve ocasion...
SERAF. ¡Vaya un caudal! ¡Perdulario!
BRAUL. Yo ahorro de mi salario...
SERAF. ¡Miserable!... ¡pobreton!!
BRAUL. Mientras que el maneju tenga
la señurita... á mi ver...
SERAF. (Ah! ¡qué idea!... puede ser...)
Dila á mi hermana que venga.
(Pues si ella... ¡Dios de Sion!)
BRAUL. ¿Diréla que venga aqui?
SERAF. Es claro... ¿aún estás ahi?...
Anda, ¡volando, bribon!

ESCENA IV.

SERAFIN.

Como ella el bien no me tase...
pase!
Mas si es sorda á mis conjuros...
apuros
no flojos voy á pasar
por cenar.

Ven!... ven, ángel tutelar!
Tú serás la que me libre...
¡que un hombre de mi calibre
pase apuros por cenar!!

—

Habrá resistencia... Bá!
habrá;
pero quiere Magdalena
cena,
y, ó la mosca pesco y pulo,
ó me estrangulo.
Vamos, pues, con disimulo
á ver si saco partido...
porque ya estoy decidido;
habrá cena, ó me estrangulo.

ESCENA V.

CASTA.—SERAFIN.

SERAF. Ah! ya viene: al grato ruido
de sus pasos, me hace tip!
tip!... el corazon. ¡Castita!
CASTA. ¿Qué querias, Serafin?
SERAF. Nada, hermosa; que me aburro
cuando me veo sin tí.
He pedido de almorzar,
y me ha parecido ruin
accion almorzar sin verte:
conque como soy así,
dije á Braulio:—llamalá
por si es que se anima, y...—
Vaya, anímate!
CASTA. No... gracias.
SERAF. ¿Qué hacias?
CASTA. En el jardin,
con los tiestos de la estufa...
SERAF. Hija! ¿y con este sutil
cefirillo afuera sales?

CASTA. Pues no he notado...
SERAF. Feliz!
feliz tú que no lo notas!
Yo me estoy asando aquí
por un lado, y por el otro
me hielo, tirito...
(Estornuda.)
Achis!
CASTA. Jesús!
SERAF. Amen. Digo, gracias!
Toda el alma de Cain
lleva el poleo que corre...
(Observando á Casta, que ha apoyado su cabeza en el respaldo de la butaca.)
Eh!... ¡qué es eso! voto al Cid!...
¿qué tienes?... Te encuentro pálida...
estás triste...
CASTA. No...
SERAF. Que sí!
No comes... vaya, entretente...
(Le alarga con el tenedor la perdiz entera.)
CASTA. Quita.
SERAF. Si es una perdiz!
CASTA. Pues por lo mismo.
SERAF. ¿Una pata?
¿pechuga?... vóyte á servir...
CASTA. ¡Qué empeño el tuyo!... Si no
tomo jamás...
SERAF. Bien, gentil
hermanita: bien!... no comas,
rosa de pitiminí;
abandónate... y con eso
tendrás el gusto de oir
los ayes de algun Macías
que se desvive por tí.
CASTA. Vaya, que estás hoy de broma,
y te has propuesto reir
á mi costa. ¡Algun Macías!
¿Quién se ha de acordar de mí?
SERAF. ¿Salimos ahora con eso?
¿Reservas conmigo? Mil
y mil gracias... ¡ingratona!
CASTA. Pero...

SERAF. ¡Todas sois asi!
CASTA. Pero... escucha!
SERAF. Y yo ¡tan sandio!
tan bonachon... tan rocin!
que todo se lo consulto:
que no doy un paso, ni
imagino nada que
no se lo vaya á decir...
¡Qué pago! qué pago!... ¡es mucha...
(Sigue devorando.)
CASTA. Muy bueno; pero... yo... en fin,
nada tengo que contar;
pues si tuviera ¿á quién ir
mejor que á mi buen hermano...
al compañero de mi
niñez... al mejor amigo...
SERAF. ¿Mejor que Cárlos Valdric?
CASTA. Cárlos?!
SERAF. ¿Qué tal? ¿dije algo?
CASTA. Qué!... ¿Cárlos piensa...
SERAF. Jí... jí!
¿me lo preguntas?
CASTA. Pues no?
es verdad; suele venir
á buscarte muchas veces:
hemos hablado...mas sin
interés: jamás su labio
me ha dicho...
SERAF. Ya! vele ahí;
por esa razon no sabes...
¡pues es un grano de anís...!
Sin embargo, yo pensaba
que siendo tan polvorin
con los hombres, no seria
con las damas tan damil.
Y dije; ya la habrá...
CASTA. Pues...
á mí no...
SERAF. Pues á mí sí.
CASTA. *(Con vehemencia.)*
Y ¿qué te ha dicho?
SERAF. ¡Quién sabe...!
no dijo mas Amadis...

Ah! ya caigo: se ha callado
por no esponerse á sufrir
un desaire de papá...
el pobre, solo era aquí
un abogado sin pleitos,
entregado á traducir
de pacotilla, sin nombre,
sin posicion y sin *din*...
pero hoy que es ya diputado...

CASTA. ¡Diputado!

SERAF. Por Guadix.
En breve con su elocuencia
su... ideosincrasia viril,
su metonimia...! A propósito,
hermana ¿tienes ahí
unos cuartos?

CASTA. Como cuanto?

SERAF. Le vamos á ver subir
como la espuma, y con él
Casta, serás muy feliz.
¿A ver cuanto tienes?...

CASTA. Tengo
seis onzas y un ochentin,
que ayer me ha dado papá
de mis alfileres...

SERAF. *(Apoderándose del bolsillo que ha sacado Casta.)*
Huif!!
Yo... yo te los compraré,
con cabeza carmesí,
chiquititos...

CASTA. Pero... ¿todo...

SERAF. Adios: me voy á vestir:
te enviaré á Cárlos... ¡qué amor
el suyo!... ¡qué paladin
tan cumplido!!... vais á hacer
una pareja á las mil
maravillas!... por supuesto
que del primer chiquitin...

CASTA. Eh!... calla...

SERAF. Bueno: adios, mona:
vales mas que el Potosí.

CONDE. *(Dentro.)*
No, no! que no le molesten...

CASTA. Ah! el conde...
SERAF. Sí; del Quatrin.
¡Lo que me carga ese tio...!
no le puedo resistir!...
(Aparece el Conde en la puerta del fondo, y dice Serafin cruzando el escenario con direccion á la puerta izquierda por la que desaparece:)
Adios, conde.
CONDE. Buenos dias.
CASTA. (¡Sola me deja...)
SERAF. (A la lid!
me visto, y en cuatro saltos...
(Sonando las monedas del bolsillo.)
derechito... *chez Lardy!*)

ESCENA VI.

CASTA.—EL CONDE.

CONDE. Gracias doy á mi fortuna,
en estremo lisonjera;
porque me conduce al lado
de la bella de las bellas.
CASTA. Tanto favor... señor conde...
CONDE. (Se sonroja... ¡qué modesta!)
CASTA. ¿Usted buscará á papá...
voy á decirle que venga.
CONDE. No!... Casta: déjele usted
que prosiga en sus faenas
de escritorio: en cuanto á mí,
no tengo que hacer, ni priesa.
Sin tedio le esperaré...
¡Oh, sí!... pues cuando se espera
en compañía de un ángel,
el tiempo corre que vuela.
CASTA. (¡Qué pesado... y cuántas flores...!
pero... ¡qué flores tan secas!)
CONDE. Usted ¿no opina lo mismo?
sentiria, linda perla,
que existiera entre los dos
la mas leve divergencia.
CASTA. Yo, señor Conde, no entiendo

de estas galantes polémicas...
y así... no debo opinar,
para no opinar á ciegas...

CONDE. (¡Qué apacible condicion!
¡qué dulzura , y qué inocencia!
Esta chica al fin vendrá
á parar en ser Condesa.)
Tiene usted mucha razon:
tan delicada respuesta,
revela tanta bondad
como talento y pureza.

CASTA. ¡Oh... me abruma usted...

CONDE. No, cumplo
con un deber de severa
justicia. ¡Si viera usted
qué pocos seres se encuentran
en el mundo, que el tributo
de esta admiracion merezcan!

CASTA. Temo que usted me dispense,
con alguna ligereza,
un concepto, del que indigna
es muy posible que sea.

CONDE. No, Casta; conozco el mundo:
tengo de él harta esperiencia,
y del corazon humano
distingo bien las flaquezas.
Mi vista ya ejercitada...
psé!... no se ofusca ni yerra;
de modo que cuando digo
—esa es buena—nada!... es buena:
—esa es leal—es leal:
—esa es coqueta—es coqueta.

CASTA. (Pues para escoger melones
vale este hombre lo que pesa.)

CONDE. Tal cual vez... no, no lo niego;
podré equivocarme: ¡afectan
algunas tan hábilmente,
con tan sublime destreza
la posesion de virtudes,
que allá en el alma detestan,
que al ojo mas perspicaz
donosamente chasquean.—
Por eso, Casta divina,

á pesar de mis riquezas,
mi elevada posicion,
mis relaciones inmensas,
y la falta que me hace
una dulce compañera,
jamás he tenido arrojo
bastante para escojerla.
¿Aprueba usted mi conducta?

CASTA. ¿Aprobar?... no sé si deba...
porque en eso... cada cual
decide segun... (¡qué pelma!)

CONDE. Pero ya estoy decidido,
niña hermosa, y de esta hecha...
de esta hecha doblo humilde
ante el ara la cabeza.
Lo pensé mucho... he pasado
revista á mas de doscientas
que pudieran convenirme
por sus peregrinas prendas...
y, aunque la forma que elijo
algo brusca le parezca,
he escogido á usted...

CASTA. *(Sobresaltada.)*
¿A mí!...
¿para qué?...

CONDE. Bah!... qué inocencia!...

CASTA. (Entre doscientas me escoje...
¡como quien escoje peras!)

CONDE. (Gozo viéndola aturdida...
¡oh, placer de la sorpresa!)
Ha tiempo que en esa faz,
que envidian las azucenas,
se detuvieron mis ojos
prendados de su modestia.
El candor puro, suave
que en sus acciones se observa:
ese juicio tan precóz:
su ingenuidad, su franqueza...

CASTA. Señor Conde... usted perdone
que á interrumpirle me atreva.
La eleccion que usted me anuncia
me honra sobre manera;
pero... por graves razones...

la considero funesta.

CONDE. Ja!... ja!... ja!... ¿qué dice usted?

CASTA. La verdad... y no quisiera
que alimentara un eror...

CASTA. El conde de Casa-Nueva,
no es fácil que se equivoque.

CASTA. Pues, sí... se equivoca...

CONDE. Pruebas?

CAETA. ¿Qué mas que el alto concepto;
que la imponderable idea
que ha formado usted de mí?
Sí, señor... y yo en conciencia
debo decir... que no soy
ni inocente... ni modesta...
ni buena... ni candorosa...
¡no soy buena!... ¡no soy buena!!

CONDE. Hágase usted mas justicia...
(¡Pobrecilla...! y ¡cómo tiembla!
ni sabe lo que se dice...
¡el pudor de la doncella!...)

CASTA. Ademas... mi voluntad...
no puede en esta contienda...
pues mi papá...

CONDE. Se supone!
oh!... la autoridad paterna...!
voy al punto á consultarla...

CASTA. Pero...

CONDE. Nada!... es la derecha...
y tranquilícese usted.
(¿es pudor... ó resistencia...
tanto me da...)
(Viendo á don Alberto cruzar por el fondo, le llama.)
Don Alberto!
Adios, futura condesa.—
(Don Alberto al oirse llamar, se ha detenido, y el Conde se dirige á él, quedando ambos á la vista del espectador en lo mas apartado del fondo.)

ESCENA VII.

CASTA.

¿Pero ¡Dios mio! qué es esto?
Jesus!... ¡qué sofocacion!...
No tiene ese hombre perdon
si se obstina... ¡hombre funesto!
Y ¡en qué ocasion!... En el dia
que á escuchar voy ¡de seguro!
protestas de un amor puro
que ha soñado el alma mia...
No puede ser... no, no! no!!
Diga lo que quiera el Conde,
mi fé no le corresponde,
es de otro... Mas, cielos!... oh!...
(Se deja caer en un sitial, cubriéndose el rostro con las manos. Serafin sale por la izquierda con trage de calle, y leyendo un papel.)

ESCENA VIII.

CASTA.—SERAFIN.

SERAF. Burdeos, Champaña, Rhin,
cangrejos, pavo trufado...
¡La langosta se ha olvidado...!
Bueno, allá me...
CASTA. Serafin!
SERAF. *(Guardando el papel.)*
(Eh?... si querrá que la vuelva...)
CASTA. Ay!... no sabes lo que pasa...
SERAF. Qué pasa! ¿se hunde la casa?
CASTA. No sé cómo me resuelva
á contarte...
SERAF. En conclusion,
¿qué es ello? vamos, responde.
CASTA. Acaba de hacerme el Conde
una...
SERAF. Qué?

CASTA. Declaracion.
SERAF. De amor?
CASTA. Sí!
SERAF. ¿Y á enamorarte
se atreve...
CASTA. Sí!!
SERAF. Pónle á raya:
¿le habrás dicho que se vaya
con la música á otra parte?
CASTA. Ni lo sé! yo acá á mi modo...
sorprendida... le indiqué...
que no... pero ¡ya se vé!
él se lo habló y dijo todo,
y temo que desde aquí
vaya, y hable con papá...
¡Serafin... qué miedo!
SERAF. Cá!
no temas, descansa en mí.
CASTA. Defiéndeme!... en tí confio...
SERAF. Eh!... chica; nada te asombre...
No le faltaba á ese hombre
mas que ser cuñado mio.
Yo le pondré la ceniza,—
y ya le encarrilaremos...
¿Te parece que empecemos
por un buen pié de paliza?
CASTA. No sé... que me deje en paz.
SERAF. Ello ha de ser á tu gusto,
elige... nada hay mas justo:
estás á tiempo... ¡Hombre audaz!
¡Por vida de mi progénie,
que le he de echar una arenga...!
Le diré á Cárlos que venga,
que se mueva, que se ingenie.
Poneos de acuerdo los dos:
tomad de pronto un partido,
y así que esté decidido...
(Don Alberto y el Conde bajan á la escena: este viene algunos pasos detras de aquel.)
CASTA. ¡Padre viene!
SERAF. Pues adios.
(Se dirige al fondo, en cuya puerta se encuentra con don Alberto.)

CASTA. *(Retirándose por la puerta de la izquierda.)*
Temblando me tiene el susto...
ALBERT. *(Desde la puerta.)*
¿Qué quieres? ¿otra embajada...
SERAF. No, nada; no quiero nada.
ALBERT. Déjanos.
SERAF. Con mucho gusto.

ESCENA IX.

DON ALBERTO.—EL CONDE.

ALBERT. Ya quedamos sin testigos
y aquí despacio podemos
hablar. Conde, en usted solo
cifro hoy mi esperanza...
CONDE. Bueno;
ya sabe usted el placer
con que yo siempre... y ¿ qué es ello?
ALBERT. Quiero decírselo al punto
sin andarme con rodeos.
Mi consocio de París
ha quebrado.
CONDE. Sí, ya tengo...
justamente esta mañana
he recibido un correo...
ALBERT. ¿Sabia usted...
CONDE. A dedillo
conozco yo el movimiento
mercantil de toda Europa:
mis negocios son inmensos...
ALBERT. Es verdad, y quiera Dios
que no esperimente en ellos
la desgracia que en los mios
hoy, señor Conde, lamento.
CONDE. Cómo! ¿es cosa tan formal?
ALBERT. Tan formal... que sin remedio
voy á suspender mis pagos
si usted no me salva...
CONDE. (Quietos...

saquemos todo el partido
de esta situacion...)

ALBERT. (¡Ay cielos!
¿si me negará su apoyo...)
Solo en mi caja conservo
cuatro millones de reales
que son de usted...

CONDE. Sí, muy cierto...

ALBERT. Con los cuales, señor Conde
queda salvado mi crédito.
Si usted me dá algun respiro,
un breve plazo... le ofrezco
como hombre honrado que soy
en un año devolvérselos.

CONDE. Es el caso... ¡qué demonio!
¡fatal acontecimiento!

ALBERT. ¿Qué dice usted!...

CONDE. Que tambien...
¡parece que el mismo infierno
lo hace! precisamente
he venido aquí resuelto
á retirar...

ALBERT. Ah!... qué escucho?

CONDE. Porque yo tambien me veo
en crísis... ciertas contratas
que bajo de cuerda llevo,
hoy me obligan á aprontar...

ALBERT. ¡Con que es decir...

CONDE. Que lo siento
con todo mi corazon;
pero...

ALBERT. Comprendo... comprendo!
¡no tiene usted confianza!...

CONDE. Hombre! no diga usted eso...!
Cuando iba á darle una prueba...

ALBERT. Prueba!?

CONDE. Del profundo afecto
que me inspira...

ALBERT. Y bien... cuál es...

CONDE. Psé!... Tengo yo acá un proyecto...
que si usted en él me ayuda...
yo tambien haré un esfuerzo...

ALBERT. ¡Diga usted...

CONDE. Quiero casarme:
en Casta he visto un modelo
de virtud... que por demas
mi ambicion ha satisfecho.
Concédame usted su mano...
y yo apuraré otros medios
para darle ese respiro
que me pide...

ALBERT. Oh!... le agradezco...

CONDE. Aun podemos hacer mas:
simule usted, desde luego,
que doto en cuatro millones
á la novia... y con el tiempo...
cuando usted pueda, me vuelve...

ALBERT. Permite usted que un momento
hable con mi hija?

CONDE. Es muy justo;
como que iba á proponérselo...
En tanto voy á la caja,
y allí la respuesta espero.

ESCENA X.

DON ALBERTO.

Y ¿de él he desconfiado...
cuando un honor tan supremo
trataba de dispensarme?
¡Mi hija condesa! ¡Mi crédito
salvado!...! gracias, Dios mio!
Pero... ¡si ella á este convenio
se opusiera!... Entonces... ah!
no lo creo... ¡no lo creo!
(Se acerca á la puerta de la izquierda y llama.)
Casta!... aqui viene....

ESCENA XI.

CASTA.—DON ALBERTO.

CASTA. Señor...
ALBERT. A hablarte tu padre vá...
porque en tus manos está
la salvacion de su honor.
CASTA. Cómo!... ¿su honor...
ALBERT. Sí, hija mia;
su crédito, que es lo mismo,
á hundirse vá en el abismo...
si tú no...
CASTA. (¡Bien lo temia!...)
ALBERT. ¡Me encuentro tan agitado...!
hoy, que el mal no tiene tasa,
he sabido que la casa
de mi consocio ha quebrado.
Una fortuna me lleva...
y, ó tengo que suspender
mis pagos, ó disponer
de fondos de Casa-Nueva.
En tan triste situacion,
su vénia he solicitado
ha un momento, y me la ha dado...
mas con una condicion
que solo contigo va:
es conveniente es honrosa...
quiere que seas su esposa...
CASTA. ¿Y si no...
ALBERT. Retirará
hoy sus fondos...
CASTA. Oh! ¡qué horror!
ALBERT. Los pagos suspenderé,
¡mi crédito perderé...
y.. ¡moriré de dolor!
Esta esperanza tan bella
le queda á tu padre anciano,
si rehusas dar la mano...
CASTA. *(Con dolorosa dignidad.)*
Padre!... ¡que venga por ella!

ALBERT. ¡Gracias!...
CASTA. No las debe dar...
cuando es preciso, señor,
salvar de un padre el honor...
¿puede un hijo vacilar!?
ALBERT. ¡Bendita seas...! y el cielo
tantas venturas te mande
hija mia, como es grande
tu amor hácia mí, tu celo...
Con que al Conde, en su virtud,
¿podré darle por respuesta...
CASTA. Sí, señor, que estoy dispuesta...
que acepto... con gratitud.
ALBERT. *(Dirigiéndose al fondo por el que desaparece.)*
Oh!... qué inmenso beneficio
la debo!... ¡cuánto interés...!
CASTA. *(Llorando.)*
¡Oh Dios!... que las almas ves...
¡acepta mi sacrificio!
(Se arroja en un sofá, en cuyos almohadones esconde el rostro. Un momento de pausa, en que se oyen los sofocados sollozos de Casta. Aparece Cárlos por la derecha del fondo.)

ESCENA XII.

CASTA.—CÁRLOS.

CARLOS. *(Despues de registrar la escena con la vista, repara en Casta y se dirige á ella.)*
Casta?
CASTA. *(Incorporándose de repente y secando á hurtadillas sus lágrimas.)*
¡Quién es... (¡ay... ya toco...!
Cárlos...
CARLOS. (¡Rastros de dolor...?)
¿Dormia usted...?
CASTA. No señor.
CARLOS. ¿Se siente usted mal?
CASTA. Tampoco.
CARLOS. Me alegro... porque venia

despues de hablar con su hermano,
á descubrirla un arcano
que guardaba el alma mia.
No es justo que mas lo guarde,
y así...

CASTA. Silencio...!

CARLOS. Pues... ¿qué...

CASTA. Sí!... todo... ¡todo lo sé!...
pero llega usted... ¡muy tarde!

CARLOS. Tarde !?... No sé de qué modo
deberé calificar...
¿Tarde, y le acabo de hablar...
y me invitó...

CASTA. Pues... con todo.

CARLOS. Mas... ¿señora!... si halagó
hasta la esperanza mia:
si dijo que usted me oiria
sin pesar...

CASTA. Y no mintió.

CARLOS. ¡Qué enigma!... Así Dios me guarde
con su poder infinito...

CASTA. Cárlos... nada; lo repito:
llega usted tarde... ¡muy tarde!

CARLOS. ¡Esto mi pasion escucha?
¿Capaz ese corazon
es de tanta variacion
en tan breve...

CASTA. Sí... de mucha!

CARLOS. ¿Es decir que se ha jugado
de un modo que... no!... no intento
juzgar, con el sentimiento
de un hombre leal, honrado?
¿Que se ha tendido una red...

CASTA. (¡Oh Dios!... y es justo su encono...)
Perdono á usted... le perdono,
si!... pero ¡déjeme usted!

CARLOS. ¿Me arrojan ya sus rigores...

CASTA. Oh!... sea por lo que fuere,
déjeme usted, si no quiere
apurar nuevos dolores.

CARLOS. ¿Qué mas puede sobre mí
venir, ni ya qué mas puedo...

CASTA. Huya usted!... huya !!...

CARLOS. Me quedo.
CASTA. ¡Ah... cielos!... ya están ahí!

ESCENA XIII.

CASTA.—EL CONDE.—DON ALBERTO.—CARLOS *retirado á un lado.*

CONDE. ¿Con que al fin logro alcanzar
un favor tan soberano?
CASTA. Señor conde... esta es mi mano,
lléveme usted á el altar.
CARLOS. (¡Ah!)
CONDE. Que Madrid se alborote
con mis festejos nupciales.
Cuatro millones de reales
regalo á la novia en dote.
ALBERT. *(Tomando la mano de Casta, dice al Conde:)*
Si usted quiere, trataremos
del contrato, como es justo,
y adentro...
CONDE. Con mucho gusto.
ALBERT. Pues, entremos.
CONDE. Bien, entremos.
(Se retiran por la izquierda.)

ESCENA XIV.

CARLOS.

¡Oh miserable avaricia!
¡Oh poder del oro vil!
Y ¡un corazon juvenil
tambien tu favor codicia!?
Y ¡un alma que juzgué llena
de ternura y poesía...
¿esa corteza tenia...

ESCENA XV.

CARLOS.—SERAFIN.

SERAF. (*Muy satisfecho.*)
Pues señor, ya está la cena.
Chico... estás arrebatado...
¿qué anuncia ese frontispicio?
CARLOS. Anuncia... que pierdo el juicio!
tengo, que me has engañado.
SERAF. Yo!... cómo? cuándo? ¿por dónde...
sepamos antes qué pasa.
CARLOS. Hay que tu hermana se casa...
SERAF. Contigo?
CARLOS. No!... con el Conde.—
Con mis festejos nupciales
no puedo yo fascinarla:
yo en dote no puedo darla
cuatro millones de reales.
SERAF. Eh!... cuidado con la lengua,
y con lo que á Casta toca;
porque romperé la boca
que á hablar se atreva en su mengua.
CARLOS. Eso anhelo yo, sí, sí!
Jugásteis con mi esperanza,
y quiero tomar venganza...
ya que no de ella, de tí!
SERAF. Corriente; pero ¿está sana
tu razon? porque he notado...
CARLOS. Se casa!... he sido engañado.
SERAF. Vaya, adios.
CARLOS. Hasta mañana.

ESCENA XVI.

SERAFIN.

¿Se casa!... ¡Conde maldito...!
Mentira!... en ese contrato

debe haber... ¡estelionato!
Pondré en los cielos el grito!
Oh!...
(Dándose una palmada en la frente.)
Ah!... olvidé... ¡pésie á mí!...
¡por vida de la langosta!...
Hum!... ¡vuelta á tomar la posta!
¡vuelta á casa de Lardy!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon suntuoso en casa del Conde.—Puerta en el fondo, por la que se descubre una galería cubierta de cristales y ornada con tiestos de flores. En el salon una puerta en cada uno de los costados. En el centro de la escena un diván circular: ámplias y cómodas banquetas forradas de seda, á los lados, y distribuidos caprichosa pero convenientemente, butacas, veladores de ébano, y maké, con otros muebles de lujo. Sobre los veladores, libros ricamente encuadernados, objetos de china, y varias curiosidades. Óyese de tiempo en tiempo, y á lo lejos, la música de los salones de baile: por la galeria cruzan en distintas direcciones damas y caballeros.

ESCENA PRIMERA.

El Conde, *mirando á la puerta de la izquierda que estará cerrada.*

No sale... ¡rareza és!
Se empeña en contrariarme...
si señor, en sofocarme...
¡qué casados de hace un mes!
Muy bien: porque no haya riña,
no he turbado su reposo,
y he transigido gustoso
con sus caprichos de niña.
Mas... será bien que la advierta,
que sus gracias celestiales,
me han costado muchos reales
para... ¡La mosquita muerta!
Y no es solo su desden
lo que hay aquí de pesado...

hay que todo va endiablado...
que nada me sale bien.
Mire usted... ¡el tal Carlitos!
hablar mal de las contratas
en las córtes... ¡qué brabatas!
y ¡qué furibundos gritos!
Con su elocuencia infernal
lo barajó todo allí...
¡haber provocado así
la crisis ministerial!
Si caen... la cosa es llana:
rescindirán mis... ¡y emigro!
me arruinan, corren peligro
mis ingenios de la Habana.
Pero... ¿quién pudo preveer...
¡el tan don Cárlos!... ya... ya!..
qué! si parece que está
de acuerdo con mi mujer.
¡Oh... no!.. y al ver lo que pasa,
no diré... mas, no pensemos...
bueno será que empecemos
por ahuyentarle de casa.
Sí, sí: yo debo tomar
las riendas: soy demasiado
amable... y si el resultado
no viniese á coronar
mi anhelo en estos lugares:
si todo mi afan no basta,
pondré entre Cárlos y Casta
la inmensidad de los mares.
Es ya de necesidad
poner en tal confusion
órden, empezando con
un golpe de autoridad.
¿No sale, eh?... ¿ni á recibir
se presta los homenajes
de esos nobles personajes?..
pues bien: yo la haré salir.
A sus puertas llamaré;
y aunque ella lejos está,
su can-cerbero me oirá,
y con él me entenderé.
(Toca suavemente á la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

EL CONDE.—BRAULIO.

BRAUL. *(Entreabriendo la puerta sin quitar la mano del picaporte.)*
Quién es?
CONDE. Abre.
BRAUL. ¿Para qué?
CONDE. Vamos, déjame pasar.
BRAUL. Señor... no se puede entrar.
CONDE. ¿Sabes quién soy?
BRAUL. Sí que sé.
CONDE. Y ¿me opones resistencia?
¿quién detenerme osará,
cuando soy...
BRAUL. Sí que será;
pero... no pasa vuecencia.
CONDE. ¿Y si te agarro, bribon,
ya que te hombreas conmigo,
y á mis lacayos les digo
que te echen por un balcon...
(Sacudiendo la puerta fuertemente.)
Si yo veloz, instantáneo...
BRAUL. *(Abandonando el picaporte y cuadrándose en el umbral.)*
Si es la guardia atropellada...
entonces... de una puñada
le rompo á vuecencia el cráneo.
CONDE. *(Mirando hácia la galería y tratando de reprimir su enojo.)*
(No está bien que escandalice...
devoremos el ultraje,
porque es este Abencerrage
capaz de hacer lo que dice.)
Bien... ¡muy bien!... pasa recado,
y á tu señora querida...
BRAUL. Piensu que está recogida...
CONDE. ¿Se ha acostado!
BRAUL. Se ha acostado.

CONDE. (¿Hay mayor condenacion?!
¿qué van á decir de mí...
¡meterse en la cama así...
y en noche de recepcion!..)
Ve allá: dí que con urgencia
tengo con ella que hablar...
esto es: que quiero pasar!..

CASTA. (*Dentro á lo lejos.*)
Que no!!

BRAUL. ¿Lo entiende vucencia?

CONDE. (Hum!... ¿con que en abierta guerra
se me declara... ¡estoy por...
llevado de mi furor...
Ah!... la Vizcondesa!..) Cierra.
(Aparece en la puerta del fondo la Vizcondesa, del brazo con su hija: esta, que tiene ya unos diez y seis años, viene peinada aun como una niña y con pantalones y falda corta. Al entrar en la escena se separan: la Vizcondesa habla con el Conde, y su hija se pone á registrar los libros y las curiosidades que hay sobre los veladores.)
(Que no lo llegue á notar,
porque su lengua... ¿Qué haré?..
Alegre me mostraré...
voy... ¡hasta á coquetear!

ESCENA III.

LA VIZCONDESA.—JULIA.—EL CONDE.

VIZCOND. Pero ¿y la condesa bella?
aun no la pude encontrar...

CONDE. Me acabo de separar
en este momento de ella.

VIZCOND. ¿Aun está en el tocador?

CONDE. Ana... dispénsela usté...
está... un poquillo... así...

VIZCOND. Qué?
cansada? de mal humor?

CONDE. Oh!.. no, qué!.. si nos llevamos...
Bah!.. su nuevo estado... la...
comprenderá usted...

VIZCOND. Ah!.. ya!
CONDE. Psé!..
VIZCOND. Soberbio!... vamos, vamos...
No era cosa inesperada...
pobrecilla!.. me da pena...
¡está usted de enhorabuena!
JULIA. *(Dando una carrerita y asomando la cabeza por entre los dos.)*
¡Ay... ¿por qué?..
VIZCOND. *(Con afectada severidad.)*
Niña!.. por nada.
(Se vuelve de mal talante á donde estaba.)
Estas chicas... uf!.. ¡qué Argos
son tan...
CONDE. Mucho; pero á esa
ya debe usted, Vizcondesa,
ponerla de tiros largos.
VIZCOND. Cómo!.. pues...
CONDE. Sí; ya es razon...
diez y seis años...
VIZCOND. No!.. quince
y medio... pero es un lince,
y ¡ha dado tal estiron!..
Luego... me encuentro perpleja,
para, así... de manifiesto
poner... amigo, porque esto
de declararse una vieja...
¿quién no teme el varapalo...
CONDE. Ah!.. bah!.. ¡qué injusto temor;
y está usted hecha una flor.
VIZCOND. Conde... no sea usted malo!
(Julia se acerca al velador que está próximo al Conde.)
CONDE. Hay rasgos tan poderosos
que nunca podrá destruir...
VIZCOND. *(Bajo y dándole con el codo.)*
¡Que la niña puede oir..!
JULIA. ¡Qué juguetes tan preciosos!
CONDE. Juguetes, hija, cabal:
del mundo son los mas bellos;
me han costado algunos de ellos...
VIZCOND. (¡Qué vano!)
CONDE. Casi un caudal.

JULIA. ¿Quién es este, un Salomon?
CONDE. Oh!.. ese!!.. es un mandarin
que me enviaron de *Taung-Tin*,
y esos otros de *Taung-Ton*.
JULIA. *(Dando fuertes risotadas, toma un libro con estampas, y se pone á ojearlo sentada en el divan del centro de la escena.)*
Ay!.. de Tonton... y Tontin!!
CONDE. ¡Qué en gracia que la ha caido...
VIZCOND. ¿Qué quiere usted..? nunca ha oido...
CONDE. Pueblos de Asia... en el confin...
junto al rio del Amor...
VIZCOND. ¡Qué rio!.. ¿Le ha visto usté?
CONDE. Oh!.. mucho!.. en él me bañé...
sus aguas son de un color
oro y azul... que se vá
extinguiendo en ocasiones...
¡Color de las ilusiones
que amor un tiempo nos dá!
VIZCOND. ¿Nos da... no alcanzo el por qué
de esas quejas tan sentidas...
¿Las dá usted ya por perdidas...
CONDE. Y ¿cómo no?.. me casé.
VIZCOND. ¡No diga usted esas cosas!
¡Con una esposa sin tachas:
jóven...
CONDE. Pero las muchachas
suelen ser tan caprichosas
para esposas..! con su encanto,
sus dengues, su juventud,
¡nos causan tanta inquietud!
Vizcondesa ¡abusan tanto!
que un hombre de autoridad,
de razon, de consecuencia,
pone á prueba su paciencia...
Vaya!.. estoy por otra edad.
Esa edad de lozania,
que todo lo oye y comprende...
VIZCOND. (Ay!.. este pobre se vende...
¡ya está aburrido!..)
CONDE. Decia...
(Siguen aparte. Aparecen en la puerta del fondo, Cárlos apoyado en el brazo del caballero 1.º)

ESCENA IV.

VIZCONDESA.—JULIA.—EL CONDE.—CARLOS.—CABALLERO 1.º—*Despues* EL 2.º

CAB. 1.º (*Flechando el lente.*)
Julia... su mamá... y el Conde.
CARLOS. Entremos.
CAB. 1.º Bien, Cárlos mio.
(Se adelantan y se detienen saludando á Julia.)
CARLOS. Oh! Julia...
JULIA. Cárlos, adios...
VIZCOND. Conde... es usted ¡muy ladino!
CONDE. Es la espresion, Vizcondesa,
del sentimiento mas íntimo...
VIZCOND. Ja!... ja!... ja!...
(*Siguen aparte.*)
CARLOS. Tan retirada
del animado bullicio
del baile... de los salones...
JULIA. Estaba viendo estos chinos...
CARLOS. Hola!... chinitos...
JULIA. Qué trages
los suyos...
CARLOS. Sí, muy bonitos.
JULIA. Pues ¿y ellas? con pantalones...
CARLOS. Como usted.
JULIA. *(Adelantando un pié.)*
Pero los mios,
vea usted; no tienen vuelo...
CAB. 1.º ¡Ay, qué pié!
JULIA. (*Retirándolo.*)
Vamos...
CARLOS. Muy lindo!
JULIA. Burlones!
CARLOS. No!
(Bajo á su compañero.)
Este reló
anda un poco atrasadillo.
CAB. 1.º Su madre no le dá cuerda...
(*Siguen aparte.*)

CONDE. Es tan cierto lo que digo,
como...
VIZCOND. Ya!
CONDE. (Como no logro
que me ahuyentes el fastidio.)
VIZCOND. (Qué nécio es este buen Conde!
Si una fuera á dar oidos...
(*Ha salido el caballero* 2.°, *y alargando el cuello por entre Cárlos y el* 1,° *dice á Julia:*)
CAB. 2.° Una polkita?
JULIA. No sé
si mamá dará permiso...
(*Alto á la Vizcondesa.*)
¿Quieres que baile una polka?
VIZCOND. ¡Ay!... polka?... no!... no permito...
JULIA. Si es con Arturo...
CAB. 2.° (*Dando brinquitos é inclinándose.*)
Y ¡yo juro...!
VIZCOND. Bien: pero... separaditos.
(*Julia, del brazo del caballero* 2.°, *desaparece por la galería.*

ESCENA V.

LA VIZCONDESA.—CARLOS.—EL CONDE.—CABALLERO 1.°

(*Mientras el Caballero saluda al Conde, Cárlos dice á la Vizcondesa, dándola la mano.*)
CARLOS. ¡Oh, señora!...
VIZCOND. Amigo Cárlos!...
nuestro futuro ministro...
CAB. 1.° (*Dando la mano á la Vizcondesa. Cárlos pasa á hablar con el Conde.*)
Vizcondesa interesante...
VIZCOND. ¡Adios, Armando!... Hace un siglo...
(*Siguen aparte.*)
CARLOS. Señor Conde...
CONDE. Venga usted...
venga usté acá, basilisco...
CARLOS. Basilisco?
CONDE. Pues ¡apenas

ha revuelto usted mal lio!
(*Siguen aparte.*)

VIZCOND. Sobre eso hay mucho que hablar;
y segun lo que averiguo...

CAB. 1.º ¡Cuénteme usted...

VIZCOND. (*Sentándose frente á la puerta de la izquierda.*)
Ya están ambos
hastiados...

CAB. 1.º ¡Si era preciso!
(*Siguen aparte.*)

CARLOS. ¿Sobre las contratas?... bien:
cierto; las he combatido
con enérgica entereza,
sin cuidarme de perjuicios
ni intereses personales.
Legislador, mi destino,
mi deber sagrado, mandan
que combata con ahinco
en pró de la ley, de la
moralidad, y he cumplido.
Moralidad!...

CONDE. ¡Hombre... qué
moralidad... ni qué niño
muerto!... Palabras pomposas...

CARLOS. Eh!...

CONDE. Que todos repetimos:
mucha moral en los labios...
pero... nada: ruido! ruido!
La moda, señor don Cárlos,
va estendiendo su dominio
desde las prendas del sastre
á las del alma... esto es fijo.
Ahora todos hemos dado
en ir como capuchinos
predicando la moral...
y practicando los vicios.
¡La peor hipocresía
de todas, amigo mio!
Vea usted; ¿cuánto mejor
y mas moral y mas digno
es hacer una contrata
con... ó sin tal requisito;

pero en la que, al fin, se arriesga
el crédito y el bolsillo,
que enamorar á una dama...
por ejemplo, con marido?

CARLOS. Supongo que...

CONDE. A nadie aludo:
esto és solo... un ejemplillo
que pongo, como pudiera
poner un millon y pico.
Contra el primer caso exclaman...
«Inmoralidad! cinismo!
agiotage!...»—Pero, ¿y quién
lo dice? quien comprendido
suele hallarse en el segundo...
cuyo crímen ha previsto
nuestro código penal...
ja!... ja!... ja!... ¡qué baturrillo!

CARLOS. Cualquiera que oyera á usted
creeria que yo...

CONDE. Repito
que no he pensado aludir
á nadie, con lo que he dicho.
Hablé en tésis general...

CARLOS. En ese caso, no insisto;
pero en general tambien,
diré á usted, que por lo mismo
que no es la sociedad
un Edém, un Paraiso,
no debemos empujarla
para que ruede al abismo.
Denúnciense los abusos:
¡no importa saber quién lo hizo!...
¿El abuso, es tal abuso?
¿queda de hecho corregido?...
pues ya hay un abuso menos:
á otro despues, y á otro... y listo!
Esta, Conde, es la doctrina
que me he propuesto, y que sigo...

CONDE. ¿Se siente usted con las fuerzas
supremas de Jesucristo?

CARLOS. No, señor...! ni mucho menos:
¿yo... ¡pecador humildísimo!
podré comparar mis fuerzas

con las del Verbo Divino?
Nada de eso: aspiro solo
á trabajar en el círculo
de mis pobres facultades:
si alguna gloria consigo...
bien: si no... ¿qué le he de hacer?
mas... ¡sálvense los principios...

CONDE. Y ¡perezcan las colonias...!
ó mi caudal... que es lo mismo.

CARLOS. ¡Su caudal de usted!...

CONDE. Es claro:
si yo atiendo al suministro
por bajo de cuerda...

CARLOS. Ah!.. ya!...
¿es un testa-férrea...

CONDE. Cinco
son los que me representan
en este asunto maldito.
Un conde, parece mal
que se ocupe...

CARLOS. Pues amigo
yo ignoraba...

CONDE. Sí, supongo
que ni aun el menor indicio
tenia usted... oh!... si no...

CARLOS. Si no... hubiera procedido...
como he procedido.

CONDE. Gracias!

CARLOS. Con el deber, no transijo...
mas, ya le indemnizarán...

CONDE. Sí, mucho... á mis nietecitos.

CARLOS. Y la condesa?...
(Siguen aparte.)

VIZCOND. Es tan fátua!..
con aquel aire sencillo...
parece una doncellita
que han sacado del hospicio.
Pero... ya es un agua mansa...
porque su pobre marido...
(Siguen aparte.)

CARLOS. Siento su indisposicion...

CONDE. Yo tambien: mucho!... muchísimo!!...
nos vemos privados de ella...

porque ya se ha recogido...
(Braulio, de gran librea, abre la puerta de la izquierda y aparece Casta sencillamente ataviada.)

ESCENA VI.

CASTA.—LA VIZCONDESA.—CARLOS.—EL CONDE.—CABALLERO 1.°

VIZCOND. *(Corriendo hácia Casta.)*
Ah!
CONDE. (Oh!)
CARLOS. (Calle!)
VIZCOND. *(Llenando á Casta de besos.)*
¡Vida mia!...
¡qué vestido tan bonito!
¡qué bien te vá...! ¿Estás mejor?
CASTA. Yo!... ¿pues, qué es lo que he tenido?
CONDE. (¡Hom!...)
VIZCOND. ¿No estabas acostada...
CASTA. No... no tal; ¡vaya un capricho!
VIZCOND. *(Al Conde, mientras Cárlos saluda á Casta.)*
Pues ¿no dijo usted...
CONDE. Si... vamos...
eso es... que habré cometido
algun... pues por lo demas...
(Ofreciendo el brazo á Casta y mirando á la Vizcondesa.)
Pero aquí hace mucho frio...
vamos á dar una vuelta...
TODOS. Vamos!...
(Casta, sin que lo note el Conde, se apoya en el brazo que le ofrece Cárlos: la Vizcondesa en el del Caballero 1.°, y desaparecen por el fondo.)
CONDE. *(Que se ha quedado con el brazo en el aire, viéndolos marchar, se arroja desesperado sobre un sofá que habrá inmediato al proscenio.)*
Ham!!... ¡el tal Carlitos...!

ESCENA VII.

SERAFIN.—EL CONDE.

CONDE. Se vá con él... ¡Voto á san!...
y... pues! se vá!... no hay manera...
¡esa niña es una fiera!
¡un pequeño Leviathan!
Su brazo al punto aceptó...
y á mí me deja corrido...
SERAF. *(Dejándose caer á plomo al lado del Conde.)*
Estoy cansado, molido...
Ay!... ¿Qué hora es?
CONDE. *(Con despego.)*
¡Qué sé yo?
SERAF. Calle!... ¿andamos ya con quejas?
¿empiezan las Jeremiadas...
Conde!... ja!... ja!... ¡qué encarnadas
que tiene usted las orejas.
CONDE. *(Echándose mano á ellas.)*
(Mozo mas impertinente
que mi señor cuñadito...!)
Sí, señor; porque estoy frito...
estoy hecho una serpiente!...
SERAF. *(Retirándose al estremo del sofá.)*
Eh?...
CONDE. No puede esto seguir
de la manera que vá
mucho tiempo... ¡claro está!
será preciso acudir
á la violencia: mi fuero
se vilipendia en mi casa...
¿no sabe usted lo que pasa?
SERAF. No señor, nada!... ni quiero.
CONDE. Sea usted, solo una vez
formal, porque, Serafin
esto es serio...
SERAF. Pero, en fin,
qué es ello?
CONDE. Usté será juez...
SERAF. Cómo! ¿sin ser abogado?

CONDE. Hombre, no!... quiero decir
que vá usted á decidir
en mi cuestion...
SERAF. Enterado.
CONDE. Ya sabe usted el rigor
con que desde...
(Sigue hablándole al oido.)
SERAF. ¿Todavía
lo mismo que el primer dia?
CONDE. Lo mismo.
SERAF. *(Alegremente.)*
(¡Pobre señor!)
(*Saca el reloj.*)
¿Qué hora es?
CONDE. Las once y cuarto.
SERAF. A mí me falta un minuto...
CONDE. Yo, respeto la tributo...
SERAF. Bien.
CONDE. Y en nada la coarto.
SERAF. Muy bien.
CONDE. Pero el premio es,
darme cada sofocon
con la peor intencion...
y hacerlo todo al revés.
SERAF. Repito que bien.
CONDE. Eh?!...
SERAF. Digo...
CONDE. ¿Aprueba usted!...
SERAF. ¡Hombre, no...
siga usted.
CONDE. Hoy escedió
su guerra abierta conmigo,
á todo lo imaginado.
Ha dado en contrariarme...
y há poco osó amenazarme...
¿quién dirá usted?... ¡su criado!
SERAF. Braulio?... si es...
CONDE. ¡Qué vandalismo!...
SERAF. Mas bruto que una pared...
pero, consuélese usted,
que siempre ha sido lo mismo.
CONDE. Allí!... allí... se me cuadró:
queria entrar para ver

á mi mujer... ¿mi mujer!
pero él, se empeñó en que no...
y ¡no pasé! ¿Habrá verdugo...!
¡si creerlo no me es dable!
¡gallegon abominable!!...

SERAF. Y legítimo... de Lugo.
Pero... ¡calma!...

CONDE. ¡Vive el cielo!...

SERAF. Todo eso habrá consistido
en que ella no habrá querido
que entre usted...

CONDE. Pues ¡es consuelo!
¡Ella ha sido... ¡ya lo sé!
pero si yo me revisto
de mis...

SERAF. Usted... por lo visto,
la es antipático...

CONDE. Qué?

SERAF. Digo que aunque aquí intervenga
toda la destreza humana,
no es fácil... porque mi hermana
siempre ha sido muy realenga.
Con esa dulzura, y con
ese aspecto, suave, puro...
tiene el corazon mas duro,
Conde, que un guardacanton.
Y cuidado que esto que hablo,
no es porque amor fraternal
me ciegue; si no que es tal...
¿A qué hora se acaba el Diablo?

CONDE. ¡Cómo el diablo?...

SERAF. Eso... el Roberto...
ópera!... ¿usted no conoce...

CONDE. Qué se yo!... sobre las doce...

SERAF. Tengo que ir... ¿está usted cierto?

CONDE. ¡Qué salida impertinente...!
Está usted viendo mi sed...
mi rabia!... ¿y se viene usted
con coplitas de repente?

SERAF. No hay que perder la paciencia;
siga usted... mas caridad...

CONDE. Todo eso es mucha verdad:
yo lo sé por experiencia...

Esa mujer... ¡no es mujer!...

SERAF. Cómo!..

CONDE. Si tal; sin ningun
género de duda... es un
remedo de Lucifer.
Pero ¡hay mas!... ¡viven los cielos!
á mas de lo que contiene
de atroz su genio... me tiene
bramando á la vez... ¡de celos!

SERAF. ¿Tambien eso?

CONDE. Tambien; ¡ah!..
nada le quiero encubrir...
(*Con misterio.*)
He llegado á presumir
que Cárlos...

SERAF. Cárlos?.. já!.. já!..

CONDE. Qué?.. vaya... ¿habré sido injusto?
¿Tal vez por mi enojo insano
habré sospechado en vano?..
Eh?.. ¡sáqueme usted del susto!
Hay celos que vuelven loco...
con que... en fin, ¿me equivoqué?..

SERAF. Hombre, yo de eso... no sé...
ellos se amaban un poco...

CONDE. ¡Ay!

SERAF. Uf!.. Toma!.. lo que es él,
con feroz idolatría...

CONDE. Y ¿ella?..

SERAF. Le correspondia
callando...

CONDE. Luzbel!.. Luzbel!..

SERAF. Yo anduve en todo mezclado...

CONDE. Hum!..

SERAF. Yo fuí... bien lo recuerdo,
el que los puso de acuerdo...
y al fin se hubieran casado.

CONDE. Casado!..

SERAF. Pues ya se vé!
pero usted se atravesó...
y mi padre se empeñó,
sin que yo sepa el por qué,
en darle la preferencia...

CONDE. (¡Vaya usted á separarlos!)

SERAF. Y se quedó el pobre Cárlos
á la luna de Valencia.
Él, entonce, enloqueció...
me tuvo por mal amigo...
clamó á Dios... tronó conmigo...
y luego se apaciguó.
¡Se aman mucho!... eso se debe
confesar... y por quien soy,
siento... ¿A cómo estamos hoy?..

CONDE. *(Levantándose.)*
¡Al diablo que se le lleve !!

SERAF. Conde... por poco se altera...
Y esta reunion ó embeleco
¿es reunion á palo seco?..
¿no hay *buffet*?.. ¿no hay thé, siquiera?

CONDE. *(Paseándose furioso.)*
¡Si pudiera envenenar
á toda la raza humana,
les daria... ¡buena gana!..
buffet!.. *buffet*!.. ¡rejalgar!!

SERAF. *(Volviendo á sacar el reloj.)*
(Que no se pase la hora...
Porque si ve Magdalena
que no estoy... la armará buena...
(Guardándose el relój.)
Todavia...)

ESCENA VIII.

CASTA.—LA VIZCONDESA.—JULIA.—SERAFIN.—EL CONDE.—CARLOS.—CABALLEROS 1.° Y 2.°—DAMAS.—CABALLEROS.

CAB. 1.° *(A la Vizcondesa, que trae del brazo.)*
Sí, señora:
sin discusion, aprobados.

VIZCOND. *(Sentándose, las demas hacen lo mismo en diferentes sitios. Hablan unas con otras ó con los caballeros que estén mas próximos. Varios lacayos circulan por la escena, llevando en grandes bandejas tazas de thé, emparedados, vizcochos, dulces, etc.)*
Gracias.

CAB. 1.° En este salon
formemos otra reunion;
la reunion de...
SERAF. Los cansados.
CAB. 1.° Sí, cabal!
CAB. 2.° Apoyo... y brinco...
SERAF. ¿A cómo estamos?..
CAB. 1.° No sé...
CAB. 2.° A cinco de Enero de...
el año cincuenta...
SERAF. ¿A cinco...
Oh!... ¡noche de grandes hechos...
y que segun nuestras leyes...
(*Al Conde.*)
¿Vamos á esperar los Reyes?
CAB. 2.° ¿Vamos á echar *los estrechos*?)
CONDE. ¡Qué estrechos...!
CASTA. ¡Muy buena idea!
CONDE. (Pues!.. en cuanto abrí la boca...)
CAB. 2.° (*A Casta.*)
A usted decidir le toca...
SEÑORAS. Sí!.. sí!..
CASTA. Echémoslos.
CAB. 2.° Pues, sea!
(*Al Conde.*)
Perdió usted la votacion.
Vamos á poner los nombres...
yo las damas.
CAB. 1.° Yo los hombres.
CASTA. (*Al* 1.° *y* 2.°)
Solos los de este salon.
(*Se ponen á escribir.*)
SERAF. (*A Cárlos, tomando thé y comiendo vizcochos.*)
¡Escena mas divertida!..
¡Si le vieras..! já!.. já!.. já!...
CARLOS. Te confesó...
SERAF. Claro!..
(*Le habla al oido.*)
CARLOS. Ah!..
Serafin... me das la vida!
Pero... ¡destino inhumano!
en mi situacion cruel...
¿qué soy?.. ¡el trasunto fiel

del perro del hortelano!

SERAF. Eh!.. ¿quién sabe lo que puede
(Llenándose la boca de bizcochos.)
acontecer..? solo el cielo...

CARLOS. ¿Te ahogas!..

SERAF. Sin duda un pelo...

CAB. 1.° *(Con voz sepulcral.)*
¡Oh! desgracia!

DAMAS. Ah!...

TODOS. ¿Qué sucede!

CAB. 1.° ¡Horrible calamidad!..
¡no hay versos!.. y ya á estas horas...

CONDE. Lo que yo he dicho, señoras;
si es una temeridad...
porque así, sin ton ni son...
las cosas que no se avisan...

CASTA. Si no hay versos... se improvisan,
y habrá mas animacion.

Uni= ~~UNAS~~. Si!.. sí!

Julia=~~OTRAS~~. Bien!

CONDE. (¡Ya dió en el item...)

CASTA. El caballero que salga...
á su dama...

SERAF. ¡Dios me valga!
Venga un curador ad litem
para mí!.. Si yo, jamás...
Pero, chica, tú recetas...
mira que aquí no hay poetas...

CASTA. Con eso reiremos mas.

VIZCOND. Y es mas nuevo!

SERAF. Yo lo creo!..
¿versos á mí?.. ¡buena cosa!
yo!.. que hago tan bella prosa...
(Al Conde.)
¿A qué hora sale el correo?

CONDE. A las seis!.. á la oracion!
¡qué furor de preguntar!...

SERAF. *(Sin hacerle caso y, como hablando para sí, se dirige hácia donde se halla sentada Julia.)*
A Irun tengo que encargar
que me envien un salmon...
(Acercándose á Julia como para besarla en la frente.)

¡Ay, qué rostro tan bonito!

JULIA. Ay!... mamá!

VIZCOND. ¡Niña?... qué es eso?

JULIA. Que por poco me dá un beso
Serafin!...

VIZCOND. Serafinito!
le suplico que respete...

SERAF. Sí, Vizcondesa... ¡sí tal!...
pero es pecado venial...
como aun lleva tonelete...
quiero decir, pantalon,
no creo de consecuencia
la espresion... de la vehemencia
de... mi insubordinacion.

CAB. 1.° Nuestra mision ya está llena.

CAB. 2.° ¿Quién se encarga de las damas?

SERAF. Yo, que estoy echando llamas...
(Aquí no está Magdalena.)
(*Recoge en el sombrero las papeletas y toma asiento.*)

CAB. 1.° (*Presentando á Casta las papeletas delos caballeros en una cestita.*)
Los caballeros, espero
que usted los protejerá.

CASTA. Bien.

SERAF. Pues, señor, allá vá:
á ver quien sale primero
á la vergüenza.

VARIOS. Atencion!

SERAF. (*Sacando y leyendo una papeleta.*)
«Julieta de Berenguer.«
Hola!

VIZCOND. Oigamos...

JULIA. Ja! ja!...

VARIOS. A ver?...

CASTA. (*Sacando y leyendo otra papeleta.*)
«Arturo Pascual Bailon.»
(*Risas. Movimiento general.*)

SERAF. Ahora vienen las canciones...
vaya, Arturo...

CAB. 2.° (*Escusándose.*)
Por merced...

SERAF. Qué!... ¿no le inspiran á usted

las musas con pantalones?

CAB. 2.° Oh!... sí! pero me hallo tal...
luego... que ignoro tambien...

VARIOS. Nada! nada!...

CAB. 2.° (*Se levanta, y encarándose con Julia, tose y empieza á accionar con los brazos; pero sin romper á hablar.*)
Entonces...

SERAF. (*Despues de haberle prestado atencion un breve rato, exclama:*)
Bien!
¡Magnífica octava real!

CAB. 2.° (*Dirigiéndose á Julia visiblemente conmovido.*)
»Torpe soy... bien lo descubro;
»y por mas que hoy... al númen llamo,
»conozco que no está en mi mano
»el que se fugue... este nublo.
»Pero en mi pueril memoria
»esta noche... ¡ay! de desvelos,
»vivirá!... como... como...

SERAF. (*Sacándole del apuro.*)
Como en los cielos
»la Vírgen de la Victoria.»

TODOS. (*Aplaudiendo.*)
Muy bien!!...

SERAF. Y punto redondo.
¿Sacamos otra?

TODOS. Sí! sí!...
(*Se restablece el silencio.*)

SERAF. (*Leyendo una papeleta.*)
»Vizcondesa del Biscuit.»

CASTA. (*Leyendo otra.*)
Con... »Serafin Vizcarrondo.»
(*Risa general.*)

CAB. 2.° Ahora... usted.

SERAF. Bien, que me den
algun tiempo...

CAB. 1.° ¿Te amilanas?

CAB. 2.° Cuánto?

SERAF. Unas... cuatro semanas.

UNOS. No! no!!...

OTROS. Ahora!...

SERAF. Ahora?... bien.—

(*Dirigiéndose á la Vizcondesa.*)
«Vizcarrondo, Vizcondesa
del Biscuit,
vizca, en Vizcaya, una dehesa
tiene que sí!
(*Principian á oirse algunas risotadas, que van creciendo con el ruido de la reunion, al mismo tiempo que Serafin esfuerza la voz.*)
La cual dehesa por los años de mil
seiscientos noventa y dos,
tuvo un puente con dos ojos,
uno perdió sin enojos...
por lo que tuerto quedó!
(*Levantando la voz para dominar el ruido.*)
Y ¡resumiendo, señores!
la dehesa con sus pastores;
el puente de que há poco hablé,
vizco ó tuerto, ó como esté,—
como regalo de estrecho:
con el pecho
satisfecho
y en uso de mi derecho,
coloco á los piés de usted.»

CASTA. (*Mirando el reloj.*)
Las doce.

SERAF. ¿Las doce?... En fin,
Vizcarrondo, Serafin
ha apurado su saber:
su insuficiencia conoce,
y como han dado las doce...
agur, que tengo que hacer.»
(*Desaparece por el foro de la derecha.*)

VARIOS. Oiga usted!

CAB. 1.° Hui!... qué ligero
se marcha...

CAB. 2.° Ya se ha marchado.

CAR. 1.° ¡Oh Dios!

TODOS. Qué?!

CAB. 1.° ¡Que se ha llevado
las damas en el sombrero!

CAB. 2.° Todas?... ¡oh, qué alevosía!

VIZCOND. Bien: otra vez mas despacio...
(*Se van levantando unos en pos de otros y de-*

sapareciendo por el fondo. Braulio sale y dice bajo á Cárlos:)

BRAUL. Afuera un jier de palacio
viene en demanda de usia.

CARLOS. De mí?

BRAUL. Ya há rato que espera.
(Cárlos se dirige al fondo y desaparece.)

CAB. 2.° *(A las damas que lleva del brazo.)*
Jesús! ¡y cómo improvisa!

VIZCOND. *(Al Caballero 1. que la acompaña.)*
Si no puedo andar de risa.

CAB. 1.° ¡Qué Serafin tan tronera!
(Desaparecen por la galería riendo y hablando unos con otros.)

ESCENA IX.

CASTA.—EL CONDE.

(Toda esta escena en voz baja.)

CONDE. Al fin hallé una ocasion
en que á solas puedo hablarla...

CASTA. Y ¿vá usted á aprovecharla
riñendo?

CONDE. Tengo razon.

CASTA. Será cosa divertida...

CONDE. Sea ó no, tanto me dá:
desde esta noche será
preciso cambiar de vida.
¿Se asombra usted, eh? se asombra?
quiero aquí mandar sin tasa...
yo no permito en mi casa
que ninguno me haga sombra.
Por tanto la estimaré
que sin reyertas ni gritos,
le dé á entender á... Carlitos
que no vuelva mas...

CASTA. Por qué!

CONDE. No haga usted que escandalice...!
porque me parece justo...
porque... en fin, porque es mi gusto!

CASTA. Pues bien... usted se lo dice...
(Deja caer la mano sobre el velador inmediato; sin reparar toma el mandarin y golpea con él convulsivamente el velador.)

CONDE. No, no: usted, ó Serafin,
ó el diablo!... lo mismo dá...
Eh! eh! señora... que vá
á romperme el mandarin...
Me tiene usted arruinado:
y á fé que la recompensa...
¡yo no sé en lo que usted piensa!
Usted sin duda ha olvidado
que su mano me costó,
entre unos y otros... ¡cabales!
cuatro millones de reales...

CASTA. *(Dando un fuerte golpe con el que rompe el muñeco y levantándose con ímpetu.)*
Oh!... Dios!...

CONDE. Ay!.. ¡ya lo rompió!!

CASTA. Ya mi paciencia se acaba...
¿y usted creyó, caballero,
que compró con su dinero
una miserable esclava?
¡Qué vale tanto millon,
y tanta riqueza, al lado
de lo que ha sacrificado
callando mi corazon?!
Atrás!.. señor Conde, atrás!
¿cuatro millones, decia?
¿Qué es eso?.. ¡por vida mia!
(Furiosa retirándose por la izquierda y derribando en su tránsito cuanto al paso se le opone.)
Pues, qué! ¿no valgo yo mas?

ESCENA X.

EL CONDE, *asustado.*

¿Qué irá á hacer... sigo su huella...
(Ruido de cristales rotos, el Conde se echa las manos á la cabeza.)

Hui!.. el tremol!
(Nuevo ruido.)
¡Las vajillas!
(Nuevo ruido.)
¡Los relojes!.. y las sillas!!!
(Dejandose caer, anonadado, en una butaca.)
Ay!.. no... ¡no puedo con ella!!

ESCENA XI.

SERAFIN.—EL CONDE.

SERAF. Pues señor, me vuelvo aquí...
estas óperas ó dramas
tan largos...
(Se quita el sombrero y le caen por encima las papeletas que antes se llevó.)
Calle!.. las damas...
(Sacudiéndose.)
Os!.. ya ¿qué quereis de mí?
El tal Roberto... aun están
en aquel famoso coro,
(Tarareando al oido del Conde.)
lára, lára, lári, lóro...
CONDE. Déjeme usted!.. ¡Voto á san!
SERAF. Noticia!!
CONDE. Bah!.. ¡qué registros...
Seraf. ~~CASTA.~~ Múerase usted de repente...
Cárlos, es ya presidente
del Consejo de Ministros.—
CONDE. *(Levantándose instantáneamente.)*
Cómo!.. qué?.. ¿es eso verdad?
SERAF. Es fresquito, palpitante...
le han llamado hace un instante,
y está con Su Magestad.
CONDE. *(Con aturdimiento.)*
Oh!.. no hay tiempo que perder...
Hace un momento me habló
de indemnizaciones... oh!
(Tirando con violencia del cordon de una campanilla.)

Quien madruga... A ver! á ver!
(*Aparece un criado en la puerta del fondo.*)
Mi coche!.. pronto, mi coche!
Voy á esperarle... y es claro...
le encuentro, y no me separo
ya de él en toda la noche.—
(*Vuélvese á oir el ruido de los trastos que se rompen, y el Conde arranca á correr tapándose los oidos.*)

ESCENA XII.

SERAFIN.—*Despues* CASTA.

SERAF. Anda! á plomo con su peso...
las hechuras se han perdido...
CASTA. (*Saliendo.*)
Ya queda todo destruido...
¡Ah!.. Serafin!..
SERAF. Qué ha sido eso!..
CASTA. Oh!..
SERAF. ¡Qué agitada que sales...
CASTA. ¡Ese hombre...
SERAF. Qué?
CASTA. Me ha insultado:
me ha dicho que le he costado
cuatro millones de reales.—
Búscamelos!.. ¡suerte avara!
SERAF. ¡Pero... ¡por Dios infinito!..
CASTA. Búscamelos!.. necesito
tirárselos á la cara!
SERAF. Déjame á mí ese expediente:
yo le daré en puntillones
mas de trescientos millones...
CASTA. Silencio! que viene gente.—
(*Casta se dirige á la galería, y se incorpora con las señoras que han aparecido en ella.*)
SERAF. ¡Darla tal sofocacion!..
donde le pille le rajo...
del *coup de pied* que le encajo

le deshago el esternon.—
¿A mi hermanita!.. ¡está buena...
(*Los relojes de la escena dan una campanada.*)
Cómo?... La una?... toma!.. cierto!..
¿se habrá acabado el Roberto?..
Huif!.. ¿qué dirá Magdalena!..
(*Echa á correr con los brazos levantados, y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

BRAULIO.—*Despues,* EL CONDE.

BRAUL. *(Contemplando los trastos que derribó Casta en el acto anterior.)*
¿Tambien pasó por aquí
del viento la mala racha?
Diablo!... ¡cuánto chirimbolo...
y sin cabeza... ¡qué lástima!
(Poniéndolos en pié y arreglándolos.)
Pues lo que es por allá drento
la tempestad fué mas brava...
de china rota y cristales,
bien habrá... sus cuatro cargas.
Y ¿todo este rebullicio
lo armaron aquellas blancas
manitas de mi señora...
que apenas son manos... Cáscaras!
eh?... pues si hubiera tenido
aqueste par de manazas,
¿qué hubiera dejado en pié...?
¡Qué sé yo... no digu nada!

CONDE. *(Asomando la cabeza con precaucion por entre las colgaduras de la puerta de la derecha.)*
Chist!

BRAUL. *(Mirando á la izquierda.)*
Eh?

CONDE. Chist!

BRAUL. *(Mirando al techo.)*
Me pareció...
CONDE. *(A media voz.)*
Bestia!
BRAUL. Pues á mí me llaman...
(Reparando en el Conde que sale como recatándose.)
Je!...; je!... que era vucilencia...
¡que Dios nus tenga en su gracia!
CONDE. Se levantó la señora?
BRAUL. Dos horas hará... ¡y no marra!
que está en su dipartamiento
á su labor entregada!
CONDE. Y ¿qué tal?... corre buen aire?
¿se pasó ya la borrasca?
¿está mas tranquila, mas...
BRAUL. Sí, señor; como una balsa
de aceite, quieta y serena
como... lo que es, una santa.
CONDE. *(Con ironía.)*
Oh!... sí: de una condicion
tan apacible, tan blanda
como la suya, no es fácil
que en las celestes moradas
haya muchas.
BRAUL. Es verdad.
(Ruido de pasos.)
CONDE. ¿Quién viene con prisa tanta?
(Sale impetuosamente Serafin, con papeles en la mano, y el sombrero puesto. Al ver al Conde se para y dice con acento amenazador.)

ESCENA II.

SERAFIN.—EL CONDE.—BRAULIO.

SERAF. Muy bien!... muy bien, señor mio!...
no... ¡no le espera á usted mala...!
CONDE. Pero... ¿qué...
SERAF. ¡Ya verá usted!
¡ya verá usted!...
(Entra apresuradamente en la habitacion de la izquierda.)

CONDE. ¿Me amenaza?
BRAUL. Malo, malo... malo ¡malo!
CONDE. Eh?... qué dices?
BRAUL. ¡Dios nus valga!
CONDE. Bueno, amen; pero ¿qué temes...
BRAUL. Hum!... no me gusta la cara
con que hoy viene el señurito
don Serafin... cuando baja
las cejas sobre los ojos,
y pone aquella mirada...
güélume que va á haber...
CONDE. Qué?
BRAUL. Palus, y tracamundana.
CONDE. Pero ¿y por qué?
BRAUL. ¿Qué sé yo?
pero á juzgar por las trazas,
es seguro que hay nublado,
y es seguro que descarga.
CONDE. ¡Estamos bien!
BRAUL. Ese mismo
aspeito de zalagarda
tenia cuando emprendió
sin mas ni mas á estocadas...
CONDE. ¡Con quién?
BRAUL. Con un coronel
de tropa...
CONDE. Y ¿le dió...
BRAUL. De ganas!
(Señalando al lado derecho del Conde.)
Por aquí le entró la punta...
CONDE. No!... por ahí no...
BRAUL. Por salva
sea la parte, y dempues
se la sacó por la espalda.
CONDE. *(Despues de un ligero estremecimiento.)*
Y ¡le mató....
BRAUL. Cerca anduvo...
un año estuvo en la cama,
y del año, los seis meses,
si se larga ó no se larga.
CONDE. (Pues no tiene mi cuñado
desperdicio... ¡ya es alhaja...
En la que vine á meterme!...)

Pero ¿por qué armó esa zambra?

BRAUL. Creo que... porque en un baile
el coronel á su hermana
le dijo... yo no sé qué,
de broma...

CONDE. ¡Ella fué la causa!!

BRAUL. Sí, señor: en lo tocante
á la señurita Casta,
don Serafin pierde el juicio
de coléra.

CONDE. (¡Pues ya es ganga!...
¿si le habrá dicho que anoche...
pero de aquella tronada
yo apenas tuve la culpa...
¿qué fué lo que dije para
motivar aquel destrozo
de cristal y porcelanas?...
Sin embargo... será bueno
que nos pongamos en guardia.)
Vé á decir á tu señora,
que, si no la desagrada,
la reclamo una entrevista...
que será breve, instantánea,
pero al momento, porque es
tambien de suma importancia.

BRAUL. Señor Conde, voy allá.

CONDE. Al punto vuelve...

BRAUL. Sin falta.

ESCENA III.

EL CONDE.

Sí, quiero salir de dudas
de una vez, y revelarla
el secreto de mis planes.
Ya cuento con la palabra
del ministro, y con la super-
intendencia de la Habana.
Levanto el campo: la obligo,
sin andarme por las ramas,
á que me siga, y con ella
me embarco en esta semana.
Ah!... allí vamos á ser

una especie de monarcas
trans-atlánticos... allí
no será fácil que vayan
don Cárlos á darme celos,
ni Serafin estocadas.
Allí mando yo: reparo
en dos años mis desgracias...
y ¿quién sabe...? esta mujer
tal vez pasada por agua,
le suceda lo que al vino,
que cambie de... brava! brava!
¡famosa resolucion
que á todas luces me salva!
(Sale Serafin por la izquierda y se queda mirando al Conde de una manera agresiva.)

ESCENA IV.

SERAFIN.—EL CONDE.—*Despues* BRAULIO.

CONDE. (Hum!... ¡qué cara de homicida!...
¿por qué asi me mirará...)
SERAF. *(Con impetu.)*
No le quedan á usted ya
ni diez minutos de vida.
(Desaparece por el fondo.)
CONDE. *(Azorado.)*
¿Qué es lo que ha dicho..? ¡qué habló
de vida ese mentecato..?
¡Si en algun asesinato
pensará..? Por sí ó por nó,
yo haré que ese mata-siete
no se vuelva á introducir...
BRAUL. *(Saliendo.)*
Mi señora va á salir.
CONDE. Bueno.
BRAUL. *(Mirando adentro.)*
Y ya sale.
CONDE. Pues vete.
(Se retira por el fondo. Casta sale por la izquierda con unos papeles en la mano.)

ESCENA V.

CASTA.—EL CONDE.

CONDE. No sé si lisonjearme
deberé con la esperanza
de que en grata confianza
se digne usted escucharme.
Pero usted como es tan justa...
consentirá...

CASTA. Sí, consiento...

CONDE. Oh!... pues tomemos asiento...
esto es, si no la disgusta.
(Se sientan á los lados de un velador, quedando este en medio de ambos.)

CASTA. ¡Qué fino está usted...!

CONDE (¡Traidora!)
El deber de un caballero....

CASTA. Bien, gracias: saber espero
con qué fin...

CONDE. Este. Señora,
apreciando... en puridad
mi posicion, mi cumplido
saber de Hacienda... ha tenido
hoy la régia voluntad
de mi Augusta Soberana,
á bien honrar mi experiencia
con la super-Intendencia
de nuestra Antilla Cubana.
Me hallaba en la córte bien:
pero he sufrido reveses
graves en mis intereses,
y no espero que me den
cargo que me esté mejor,
ni mas pingüe ni elevado;
por lo tanto he aceptado...
¿aprueba usted?

CASTA. Si señor.

CONDE. (¿Aprueba?... ya la eché el guante.)
¡Gracias á Dios!... tiempo era
de que algo mio obtuviera

la sancion de usté...

CASTA. Adelante.

CONDE. Aquella tierra, señora,
es, porque asi Dios lo quiso,
un terrestre paraiso:
hay aves de voz canora:
el sol con templados rayos
dá cierta mágia al pais...
y ¡hay tanto loro... y titís..!
oh!.. pues ¡y los guacamayos..?
¡Qué variedad de plumage!...
¡qué animacion!.. ¡qué bullir..!
hay que ir á verlo, hay que ir...
¿qué dice usted..?

CASTA. Que buen viaje.

CONDE. *(Estupefacto.)*
Eh?.. cómo... ¿conque... usted... nó...

CASTA. No.

CONDE. (Y ¡con qué serenidad...
pues con esto, á la verdad,
no habia contado yo.)
Pero eso no puede ser:
yo tengo que ir...

CASTA. En buen hora.

CONDE. ¿Y usted se queda, señora,
sola aqui?...

CASTA. ¿Qué le he de hacer?

CONDE. (¡Válgame Dios poderoso!)
¿No le gusta á usted viajar?
Y ¡usted que no ha visto el mar..!
¡ese espejo portentoso
que cruza tanto bajel...
espejo donde echó el sello...

CASTA. Si señor; será muy bello;
mas no he de mirarme en él.

CONDE. (Vamos... yo pierdo el sentido...)
Bueno; basta de argüir:
¡usted tendrá que seguir
los pasos de su marido!

CASTA. Seguir?... ya! pero le advierto
que no me puede obligar
á seguirlos por el mar;
¿comprende usted?

CONDE. (¡Es muy cierto!
y si á la banda se cierra...)
¿Con que yo no he de poder...
CASTA. No... no señor; á no ser...
(Movimiento de curiosidad y esperanza en el Conde.)
que me lleve usted por tierra.
CONDE. *(Dando un brinco y paseándose furioso.)*
¡Qué tierra!... ¡Dios de bondad!
¿es decir... Él es testigo,
que se pone usted conmigo
en abierta hostilidad?
CASTA. No!...
CONDE. Que todo ha sido en vano:
mi atencion, mis beneficios,
los inmensos sacrificios
que me ha costado su mano;
por la que vine á perder
un capital verdadero...
CASTA. ¿Volvemos á su dinero?
CONDE. Vaya!... ¿no hemos de volver?
¿Se tiran así á la calle,
en cambio de decepciones,
señora, cuatro millones?
CASTA. *(Tirando sobre el velador unas letras de cambio.)*
¡Tómelos usted, y calle!
CONDE. ¿Qué es esto...
CASTA. Ya que se afana
con tanto y tanto suspiro,
tome usted eso que jiro
en letras sobre la Habana.
CONDE. *(Reconociendo las letras.)*
(¡Oh fortuna!... ¿te diviertes
conmigo?... treinta... noventa...
veinte... otros veinte... y cuarenta
doscientos mil pesos fuertes.)
Mas... permita que la arguya...
su padre se habrá quedado
con este esfuerzo arruinado...
CASTA. Esa cuenta no es de usted, que es suya.
CONDE. Bien: pero en esta ocasion...
CASTA. Si! todo lo ha malvendido,

y ¡todo lo ha preferido
á tan torpe humillacion!

CONDE. (Oh!... qué corazon tan fiero..!)

CASTA. No vuelva en mas ocasiones
á hablarme de sus millones;
guárdese usted su dinero.

CONDE. ¿Desprecia usted las riquezas?
Muy bien; pero si ha creido
que lejos de su marido
va á disfrutar de grandezas,
la advierto que está engañada:
decídase usté á viajar,
pues nada voy á dejar...

CASTA. Y ¿quién le pide á usted nada?
Sin duda que imaginó
á juzgar por lo que escucho,
que el dinero importa mucho
á mujeres como yo.
No me fatiga la sed
del oro: de error tan necio
salga ya... pues le desprecio
casi tanto como á usted.

CONDE. Hom!...

CASTA. Si le entregué mi mano,
no fué, no!... por codiciar
bienes... sino por secar
las lágrimas de un anciano.
Por un capricho pueril
usted de mi corazon
hizo en aquella ocasion
un negocio mercantil.
Negocio en que el pobre anciano
entró con sinceridad,
siendo... ¡la necesidad!
la que le entregó mi mano.
Oh!... y el que usted la aceptara
por gran favor ha tenido;
pero luego que ha sabido
que me lo echa tanto en cara,
al notar con inquietud
que el hombre no es caballero,
le devuelve su dinero,
retira su gratitud...

la retira, sí señor,
y en ello no ha vacilado,
porque favor proclamado
es agravio y no favor.
Y en cuanto al favor, diré,
ya que decirlo es forzoso,
que ese favor tan pomposo
para mí nunca lo fué.
Aquello... por mas que clame,
fué solo una transaccion,
fué... explotar una ocasion...
lo cual es bastante infame.
(*Movimiento de ira en el Conde.*)
No... no se debe alterar...
es la frase, caballero:
á un abuso tan grosero
¿cómo se le ha de llamar?
Usted me *escogió* aquel dia
como el gran sultan pudiera:
supo la desgracia fiera
que á mi buen padre afligia,
y creyendo, no se asombre,
que en actos de voluntad
basta con la autoridad
de la voluntad del hombre...
con implacable osadia,
su amor propió consultó;
calculó, tasó, midió...
y dijo:—¡La novia es mia!—

CONDE. Señora!..

CASTA. Si es la verdad:
por su conducta colijo
que esto fué lo que usted dijo.
—»¿Qué importa su voluntad...
—añadió—en esta ocasion,
ni que adore en otro ser?
La mujer... bah! la mujer...
¿tiene acaso corazon?
Por delicada y endeble
tratémosla á nuestro antojo...
esta me gusta... esta escojo...
como quien escoge un mueble»—
Y nos unimos los dos,

y tuvo en lazo infecundo,
esposa para ante el mundo...
pero... ¡no para ante Dios!

CONDE. (*Apretando los puños.*)
Him !!..

CASTA. No sé por qué le admira
esto que me oye decir;
por calmarle no he de ir
á forjar una mentira.
No me quiso usted creer:
dió allá en figurarse que era
mi genial de blanda cera...
y se encontró una mujer
séria, justa, de teson,
á quien no puede humillar...
(*Con sarcasmo.*)
¡gócese usted en hollar
las leyes del corazon!
Ahora bien: cual corresponde
mi casa ya ha liquidado
con usted, y le ha pagado:
conque estamos en paz, Conde.
En cuanto á mí... no hay que hablar:
permita que le aconseje
que me abandone... y me deje,
porque yo no he de cambiar.
Y pues que de esta manera
mas felices viviremos,
bueno será que adoptemos...

CONDE. ¡Eso es lo que usted quisiera!
¿Disolver un matrimonio
despues de que me ha costado...
es decir, ya... no...

CASTA. Cuidado!..
no tiente usted al demonio.

CONDE. No obstante...

CASTA. Usted aun ignora
todo cuanto puede hacer
irritada una mujer...

CONDE. ¿Amenazas? ¡bah!... señora,
¿me juzga usted tan inepto?
oh!.. yo tocaré un registro...

(Entrando en la habitación de la derecha.)
(Voy á escribir al ministro,
que ya no voy, que no acepto.)

ESCENA VI.

CASTA.—*Despues* BRAULIO.

CASTA. ¡Qué mal fruto has de coger,
buen Conde, en esta jornada!
Fuente de arriba lanzada...
¡cómo hácia arriba correr?!
Ave, que hicistes llevar,
sin atender su gemido,
lejos del amante nido
¿cómo alegre ha de cantar!?
Pues mientras sus duelos no
cante el ave en voz festiva,
ó el agua corra hácia arriba...
¿cómo podré cambiar yo!?—
¡Oh.. no!.. no es fácil que encuentre
remedio á tan grave mal:
es la dolencia mortal...
BRAUL. *(Desde la puerta del fondo.)*
El señor menistru...
CASTA. *(Reprimiéndose y cambiando de tono.)*
Que entre.

ESCENA VII.

CASTA.—CÁRLOS.

CARLOS. ¡Casta...
CASTA. Y ¿bien?
CARLOS. Perdon la pido
si por un azar forzoso
vengo á turbar su reposo:
sé que me tiene prohibido
que la hable á solas... y sé,
ya que me escucha benigna,
¡de cuanto respeto es digna...
CASTA. Bien, pero...

CARLOS. No abusaré.
El Conde de Casa-Nueva
desde el punto en que ha sabido
mi elevacion, ha querido
poner mi paciencia á prueba.
Quiere marchar á la Habana:
do quiera el favor implora,
y es tanto y tanto, señora,
lo que por ello se afana,
que por mas que resistió
mi poder á sus querellas,
al fin de... de acceder á ellas
la palabra me arrancó.
El es hombre que versado
en los negocios está:
tiene posicion, y allá
servirá bien al Estado.
Mas antes que la balanza
en su favor se decida,
quiero saber si á mi vida
le queda alguna esperanza.
Tengo una duda cruel
que me persigue angustiosa...
¡Quiero saber una cosa!
¿vá usted á partir con él?

CASTA. No señor.

CARLOS. Ah!... celestial
voz que á mi acento responde...
gracias, señora: del Conde
(*Entregándola un pliego.*)
aquí está la credencial.
Perdone que de esta suerte
noticia tan lisonjera
solemnice: cuestion era
para mí de vida ó muerte.
¡No sabe usted la merced...
el bálsamo que ha vertido
sobre un corazon herido...

CASTA. *(Se levanta.)*
Cárlos... escúcheme usted.
Su buena y amiga estrella,
le ha remontado de un vuelo
algunos palmos del suelo...

¡hágase usted digno de ella!
Hombre de Estado, de ley,
como bueno, como honrado,
se debe todo al Estado...
¡Todo á su patria, á su rey!
Guarde usted... ¡sin restricciones!
tratando negocios graves,
debajo de siete llaves
sus personales pasiones.
Porque si afloja la mano
y entre lo uno y otro vá,
ni buen amante será,
ni será buen ciudadano.
Animo! tenga usted fé:
que yo seré la primera
que le aliente...

CARLOS. Oh!.. ¡qué hechicera...

CASTA. (*Interrumpiéndole bruscamente y poniéndose un dedo sobre la boca.*)
Basta!
(*Le señala, tendiendo el brazo, la puerta de salida.—Cárlos se inclina ante ella respetuosamente, y dice desapareciendo por el fondo.*)

CARLOS. (Al menos.. ¡la veré!)

ESCENA VIII.

CASTA.—*Despues* EL CONDE.

CASTA. El sumo Dios no ha querido
que, unidos en santa paz,
vivan felices dos almas...
¡cúmplase su voluntad!

CONDE. (*Saliendo con una carta en la mano.*)
El llanto sobre el difunto;
nada, no me vuelvo á atrás.

CASTA. Ahí tiene usted de su nuevo
destino la credencial.—
(*Se retira por la izquierda.*)

CONDE. (*Tomando el pliego con la otra mano.*)
La credencial... cuando voy
á dimitir... ¡voto báh!..

Digo!.. si tendrá interés
en echarme de... ¿qué tal?
Ella recibe el oficio,
y ella misma me lo dá...
»Tome usted el pasaporte,
ya está usted aquí demás.
¡Apenas están de acuerdo!..
¡Oh! pero no se verán
en ese espejo!..eso no...
mi dimision aquí está,
que la lleven...
(Alargando el brazo y dejando caer la vista sobre el pliego que tiene en la otra mano.)
¡Qué brevita!
y ¡tener que renunciar....
cuando tan pocas como ella
hay en la huerta oficial!...
Y ¿qué hacer? no hay mas remedio...
esta... á estotra matará.
Una ú otra... las dos juntas
no caben... ¡mujer fatal...
y en qué conflicto me pone...!
¡Si ella supiera apreciar
lo que vale esta ganguita...!
Decidámonos!... por cuál?
(Mirando á una y otra y vacilando.)
Esta...
(Por la dimision.)
á rabiar me condena:
Esta...
(Por la credencial.)
me alza en Ultramar
un... un... pero ¡sabe Dios
lo que tambien por acá...
me dará que hacer... ¡Horrible
peripecia *turronal!*
Dimito?... Acepto?... ¡Ay!... me faltan
(Dejando caer los brazos y metiéndose á un tiempo los pliegos en los bolsillos del gaban.)
las fuerzas...
(Sale Braulio por el fondo con una carta y un paquete de polvos blancos en la mano.)

ESCENA IX.

EL CONDE.—BRAULIO.

CONDE. ¿A dónde vas?
BRAUL. Voy...
CONDE. (Hola! hola! ¿ya principia
la mision epistolar?)
BRAUL. Iba...
CONDE. ¿A quién va ese billete...
BRAUL. Le han dejado en el portal,
para vucencia.
CONDE. ¿Y eso otro?
BRAUL. *(Desdoblando el papel y presentándoselo.)*
Este es un cierto manjar...
no recuerdo cómo llaman...
tiene un nombre... así... tan... Ah!...
Anisico!
CONDE. Qué?
BRAUL. O andrésico...
CONDE. Azúcar!
BRAUL. No, señor... Quiá!
CONDE. *(Toca los polvos con la yema de un dedo, se lo lleva á la boca, y escupe en seguida.)*
Puf!... ¿qué es esto...
BRAUL. Ello parece
que sirve para matar
los ratones...
CONDE. *(Espantado y con la boca abierta.)*
Cómo!... ¿arsénico!?
BRAUL. *(Afirmando alegremente dando una patada en el suelo.)*
Ansénico!
CONDE. *(Abalanzándose á una bandeja que tendrá copas con agua.)*
Agua!!
(Se enjuaga y dice.)
Animal!!
¡y me dejas que lo pruebe!!...
BRAUL. Sí, señor; ¿no he de dejar?
Si vucencia no es raton...

CONDE. Huye de aquí!... vete!!...
BRAUL. *(Entrando en la habitacion de la izquierda.)*
Bah!...
CONDE. *(Escupe.)*
Está en el complot... sí... sí!
¡me han querido envenenar...!
fortuna que no tragué...
Eh? digo!... y á dónde va
con los polvitos... ¡al cuarto
de esa mujer infernal!
¡Oh, Dios!... ¡qué rayo de luz!...
sus amenazas poco há...
los ratones... ¡así, así...
se la armaron á *Laffarge!...*
¡Pues apenas ha hecho acopio!...
¡dos libras... y acaso mas
de arsénico...! ¿se ha propuesto
que estalle la humanidad?!
Mónstruos!... ya está decretada
mi muerte... me enterrarán!...
(Reparando en la carta que está estrujando entre los dedos.)
Pero ¿quién me escribe á mí
á estas horas...?
(La abre, mira la firma y se deja caer desfallecido sobre una butaca.)
Barrabás!...
Ay! no puedo con el peso
de tanta fatalidad!
(Lee con el mayor azoramiento.)
»Ha insultado usté á mi hermana...
»y estoy resuelto á labar
»esta afrenta con la sangre
»de toda la cristiandad...!»
Santo Dios!
(Sigue leyendo.)
»Usted ó yo...
»las armas decidirán...
»En mi carruage le aguardo,
»no se haga usted esperar...»
¡Cómo es esto? ¡ya me aguarda?...
que espere, se cansará...
(Sigue leyendo.)

«Baje pronto... ó subiré,
»si tarda un minuto mas,
»para coserle á estocadas...
y echarlo todo á rodar!»
(Levantándose y corriendo aturdido del un lado para el otro.)
Esto es peor!.. ya no hay defensa!..
¡Conjuracion de Satan...!
¡Un veneno por aquí...!
por allí... sable... puñal!..

CRIADO. *(Dice desde el fondo.)*
Don Serafin está abajo...

CONDE. Si!.. que espere... ¡voy allá!
(Se retira el criado.)
Por la puerta del jardin
huiré... no hay que demorar
la salvacion... Ah!.. pero antes...
(Acercándose á la puerta de la izquierda y llamando fuerte.)
Señora!.. señora!.. Ya
no me queda mas recurso...
hay que viajar... que viajar...
y en posta...
(Llamando.)
Señora!.. En posta...
No sale!..
(Aterrado mirando hácia el fondo.)
¡Si subirá!...

ESCENA X.

CASTA.—EL CONDE.

CASTA. Qué sucede?..

CONDE. Nada... y mucho.
Voy al momento á marchar
para Lóndres... mi destino...
me está reclamando allá...
Quédese usted... no me opongo...
cumpla usted su voluntad...
hemos concluido: no puedo
prescindir... de... Agur!..
(Ruido á pasos precipitados.)
Ay! ay!..

(Lanzándose á la puerta de la derecha y cerrando por dentro.)
¡Deténgalo usted...! Favor!
¡que me van á asesinar!..

ESCENA XI.

CASTA.—*Despues* SERAFIN.

CASTA. Pero ¿se habrá vuelto loco...
SERAF. *(Saliendo.)*
A dónde está?
CASTA. Quién?
SERAF. El Conde.
CASTA. El Conde en este momento
ha partido para Lóndres.
SERAF. ¡Ah, pícaro!.. se me escapa!..
huye el lance... ¡cobardote!
No!.. pues como yo le alcance,
juro que va á llevar doble...
CASTA. Eh!.. déjalo, Serafin:
no quiero ruidos...
SERAF. Demontre!
¡y la afrenta! ¡y el ultraje...
CASTA. Te ruego que le perdones
como yo le he perdonado...
vayan lejos los rencores...
SERAF. Tu eres mujer... compasiva...
pero yo... ¡yo que soy hombre!
el único que hay aqui
que te defienda y custodie...
CASTA. Y ¿serás, cuando lo ruego
á mis súplicas de bronce?
SERAF. Tu harás de mí lo que quieras...
pero siento que sofoques
el ímpetu natural
de mis iras... ¡vaya un golpe
que le habia preparado!
un golpe de cuatro doble..!
que se va á desperdiciar...

¡por vida del Rey Herodes!
¡Yo quiero reñir con alguien...
antes de que se evapore...
(*Sale un criado con un ramo que antes de hablar entrega á Casta.*)

CRIADO. De parte de Su Excelencia
el señor ministro...

CASTA. (*Besando el ramo sin que la noten.*)
(¡Flores!..)

CRIADO. Que si Vuecencia recibe
ó no recibe á la noche.

CASTA. (*Devolviendo el ramo al criado.*)
Que le digan que mi esposo
ha partido para Lóndres,
y que ni flores ni á nadie...
y ¡cuidado con mis órdenes!..
recibiré, mientras dure
la ausencia del señor Conde.
(*Se inclina el criado y sale de la escena.*)

SERAF. ¡Eso es dignidad!.. ¡eso es...
(*Tomándola las manos y contemplándola con satisfaccion.*)
Bien, chica, bien!.. ¡alma noble!
es un sacrificio doble...
uno que vale por tres.
(*Atrayéndola y abrazándola.*)
Ven acá! me siento ufano
al contemplar tu denuedo...
(*Oyense algunos sollozos de Casta.*)
Llora! sí, ¡llora sin miedo,
sobre el pecho de tu hermano!
Y ¡no haberlo hecho yo añicos!..
pero con tal que recobres...
nos hemos quedado pobres...
pero ¡qué pobres tan ricos!
Por mas que la envidia ladre
y se desate á mentir
¿qué podrá nadie decir
de tí, de mí, ni de padre?
Pobres... mas déjalo andar;
que al cabo por mal que vaya,
en mi hacienda de Vizcaya
manzanas no han de faltar.

Y chica, salte de aquí:
á casa..! te lo aconsejo!
anda, que está el pobre viejo
aguardándote...

CASTA. *(Entrando en la habitacion de la izquierda.)*
Sí, sí.

ESCENA XII.

SERAFIN.

Pobrecita!.. y ¡no poder
tan fiera virtud premiar!..
Hum!.. ¡condenada á luchar
entre el amor y el deber!
sí... mucho te quiero... y ¡yo!
¿de qué sirvo en este suelo?
ni aun he tenido el consuelo
de reñir... ¿Cómo que no?
Ya que ella con todo hoy truena,
y es dia de truenos hoy...
de ahora no pasa... Voy, voy...
¡á tronar con Magdalena!!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Sala de uso comun en una casa de huéspedes, decentemente amueblada.—Puerta en el fondo, y otra en cada uno de los costados de la escena.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA.—RUFINA, *por el foro con una carta.*

RUFINA. Señorita, tome usted
esta carta que ha dejado
el cartero...
MAGD. ¿Para mí?..
cierto, lo dice bien claro
el sobre... ¿quién podrá ser...
calle! del huésped... ¡alabo..!
¡gracias á Dios!
RUFINA. ¿No se ha muerto?
MAGD. No me atrevo á decir tanto,
tal vez nos escriba desde
el otro mundo... veamos
la fecha... no tiene fecha,
puede ser que no haga al caso...
leamos el contenido...
(*Lee.*)
»Estará usted con cuidado
»por mi ausencia...»
(*Representa.*)
¡Ya lo creo!
dice—»hasta luego»—y en blanco
he pasado medio mes
sin poder dar con su rastro.—
(*Lee.*)
»Un amigo se empeñó

»en distraer mis amargos
»pesares, y ha quince dias
»que con él vivo en el campo.»
(Representa.)
¡Vaya en gracia!
(Lee.)
»He conseguido
»restablecerme, y hoy salgo,
»lleno de dulce esperanza
»en posta para Bilbao.»
(Representa.)
¡Adios mi dinero!.. queda
desde hoy vacante otro cuarto!
(Lee.)
»Que mi equipaje lo tengan
»á punto... por si es que mando
»por él, y que nadie toque
»á mi ramo...»
(*Representa.*)
Calle!.. el ramo...
¿Lo has dejado en donde estaba?

RUFINA. Cuál, señora, ¿aquel yervajo
envuelto en la gasa...

MAGD. El mismo.

RUFINA. Justamente ayer limpiando
lo tiré bajo la mesa...
y allí estará.

MAGD. ¡Vé á sacarlo!
y vuélvelo á donde estaba.
(Entra Rufina en la habitacion de la izquierda.)
¡Pues habria poco escándalo
si supiera que otra vez
habíamos atentado
á la prenda de su amor!
Bien está; vamos andando:
pierdo hoy el único huésped
que albergaba mi palacio...
Verdad es que no he tenido
mas que este y otro en un año
que ha que soy ama de huéspedes...
hago negocio... bah!.. si hago!
Tengo una suerte ¡cumplida!
á cuanto llega mi mano...

si me pongo á bautizar,
se acabaron los cristianos.
¡Qué estrella!..
(Campanillazo.)
A ver?.. Me parece
(Otro mas fuerte.)
Rufina!... que están llamando...
(Atraviesa esta el escenario y desaparece por el foro.)
¡Quiera Dios encaminarme
algun bien aventurado
que me ayude á sostener
la carga atroz... de mi cargo.

RUFINA. *(Conduciendo á Braulio.)*
Entre usted, que aquí está el ama...
(A Magdalena.)
este hombre que busca cuarto.
(Se retira por la izquierda del foro.)

ESCENA II.

MAGDALENA.—BRAULIO.

MAGD. Pase usted...
BRAUL. Santos y buenos
los tenga...
MAGD. Buenos y santos.
¿Busca usted habitacion?
BRAUL. Sí que la vengo buscando.
Pasaba por esa calle...
¿no es la Angosta de Bernardo?
MAGD. De San.
BRAUL. Bien, de San Angosta...
no cunozco yo este santo.
MAGD. Ni yo tampoco.
BRAUL. Curriente,
de san Angosta Bernardo.
Pues comu digu, pasaba;
miré el papelillu blanco,
y dije, aquí hay omicilio...
¿cuál es lo desocupado?
MAGD. Esta sala es para todos...

BRAUL. Bueno, bueno: puerta franco...
MAGD. (*Señalando á la puerta de la derecha.*)
Y aquel el departamento
que alquilo.
BRAUL. Es claro?
MAGD. Muy claro.
Mírelo usted.
BRAUL. (*Entrando.*)
Con permiso.
MAGD. (*Desde la puerta.*)
Dos alcobas... un despacho...
sala con dos gabinetes...
tres balcones y un armario
ropero. (No me parece
que con este hacemos trato.)
BRAUL. (*Saliendo.*)
Me acomoda: algo pequeño
pero en fin... está aseado.
Y ¿qué gracia tiene?
MAGD. Cómo?
BRAUL. Le quiero decir que ¿cuánto...
MAGD. Ah!.. ¿pregunta por el precio?
cuarenta reales diarios.
BRAUL. Con comida?
MAGD. Sin comida.
BRAUL. Pues dígole á usted que es caro.
MAGD. Es para usted?
BRAUL. ¡Para mí!
yo, mi señora, non gasto
nada en hospitalidad:
privilegio que gozando
ende Adan viene mi estirpe...
MAGD. Vaya... usted, si no me engaño,
es andaluz...
BRAUL. Dónde cae?..
no estoy en esu enterado...
Si en Lujo andelaluz, sóilo:
sinó... nu sé... ¡dóylo al diablo!
MAGD. Segun eso, ¿usted ajusta
para algun...
BRAUL. Para mis amos.
MAGD. Y ¿quiénes son?...
BRAUL. Endeviduos

de entrambos sexos...

MAGD. (Hum!.. malo! matrimonio...)

BRAUL. El uno tiene
el apellido un poco áspero...
don Serafin Vizcarreondo...

MAGD. Serafin!

BRAUL. ¿Qué le ha picado?
cunoce á mi señorito?

MAGD. (*Reprimiéndose.*)
Ps!.. no me es del todo extraño:..
¡Está en Madrid?

BRAUL. En Madrid:
procedentes de Bilbao,
cun toda fidelidad
hemos llegado hace un rato,
y está en las Peninsulárias
á que yo envuelva esperando
cun la cundesita viuda
de la... de la...

MAGD. ¿Se ha casado!

BRAUL. No señora; que es su hermana,
y están solteros dentrambos.

MAGD. Calle!.. ¿es la que se casó
con un Conde estrafalario...

BRAUL. Atrasfalario!.. ese mismo.

MAGD. Y ¿ha muerto?

BRAUL. No, que se ha ahogado.

MAGD. Pues digo!

BRAUL. Quiero decir,
que aunque pasó aquel trabajo,
no murió de enfermedad...
terrestre!.. que es la que usamos.

MAGD. Pues nada: como usted guste;
queda ya concluido el *pacto*
en el precio... que usted crea
que es justo... y vamos andando!

BRAUL. ¿Hay mas huéspedes en casa?

MAGD. Nadie, nadie... para el caso...

BRAUL. Pues mientras que mis señores
aquí estén hospitalados,
non reciba á nadie mas,
y yo corro con los jastos.

MAGD. Convenidos, don... ¿qué nombre?
BRAUL. Don... con su licencia, Braulio.
MAGD. Pues, don Braulio, ya está dicho.
BRAUL. Pues, señora, voy de un salto
á traer los enquipajes...
conque... beso á usted la mano.
MAGD. A los piés de usted....

ESCENA III.

MAGDALENA.

Este es
el Braulio aquel, sí.. tan záfio
de quien Serafin me habló...
¡Dios mio!.. yo estoy soñando...
¡Van á venir á mi casa!...
¡Válganme todos los santos!
¡Él, y su hermana!.. Rufina!
¡Rufina!.. pronto! volando!

ESCENA IV.

MAGDALENA. —RUFINA.

RUFINA. Señora?
MAGD. A ponerlo todo
corriente: avia ese cuarto:
has las camas: el plumero
pasa por todos los trastos...
RUFINA. ¿Vienen huéspedes?
MAGD. Sí, vienen.
¡qué huéspedes! Dos hermanos...
el uno es don Serafin
Vizcarrondo... ¡guapo, guapo
chico! franco, generoso...
algo ligero de cascos...
pero esto á tí no te importa,
entiendes? has lo que mando
que van á venir al punto...
ya creo que oigo sus pasos...
(*Entra Rufina en la habitacion de la derecha.*)

ESCENA V.

MAGDALENA.

¡Qué bueno es Dios! ¡qué oportuno
por hoy ha sido este azar!
Bien dicen, que suele dar
á todos ciento por uno.
Tras de un huésped embeleco
vienen dos... ¡lance famoso!
¡Vaya con Dios el dichoso
amante del ramo seco!—
Pero ¿y así me estoy, cuando
hay tanto y tanto que hacer?
(Corriendo aturdida de un lado para otro.)
Vaya, vaya ¡á ver... á ver!...
¡Dios mio... yo estoy temblando!..
¿Qué dirá cuando me vea ..
Pícaro!.. ¡le he de tratar...
no, no!.. mejor será obrar
con prudencia, á ver... no sea
que... ¿qué va á pasar aquí?...
¿Reñiremos? ¿volveremos...
¿Quién sabe...? allá lo veremos...
(Aplicando el oido.)
Me parece...
(Campanillazo.)
¡Ya está ahí!
(Mirando adentro por la derecha del foro.)
Los mozos son que portean...
¿Me oculto?.. ¿le esperaré?..
cuando esté solo, saldré...
¡Huyamos, que no me vean!
(Se retira por la izquierda del fondo, y sale Braulio por la derecha seguido de tres mozos cargados con maletas y efectos de viaje.)

ESCENA VI.

BRAULIO.—LOS MOZOS.

BRAUL. *(Señalando á la derecha.)*
Entrad, entrad por ahí,
y puneislo á la regüelta.
(Entran y salen los mozos: Braulio dándole á uno una peseta.)
Pericu... dame la guelta.
MOZO 1.º Pero ¿qué me dá usté aquí?
¿Todo esto para los tres?
BRAUL. Para los tres, magadero.
MOZO. 1.º Vaya, aqui falta dinero.
¿Con una peseta...
BRAUL. Pues!
¿Por cargar una maleta,
un sombrero, y una caja...
MOZO 1.º Cada mandado no baja
en Madrid de una peseta,
conque, vaya, no hay remedio:
aquí tres hemos venido...
BRAUL. Para lo que habeis traido
sobrábais los dos y medio.
MOZO 1.º Afloje usted otras dos...
BRAUL. Otras dos quieres levar?..
primero que te las dar,
Pericu... ¡máteme Dios!
MOZO 1.º Daremos parte...
BRAUL. Sí, presto.
MOZO 1.º Usted nos está robando...
MOZOS. ¡Usted nos...
BRAUL. *(Alzando la voz y en tono amenazador.*
¡Vamos callando...
¡Callando digu!..
(Aparecen en la puerta del fondo, Serafin y Casta del brazo.)

ESCENA VII.

CASTA.—SERAFIN.—BRAULIO.—LOS MOZOS.

SERAF. ¿Qué es esto?
BRAUL. Señor, que estos maldecidos
pidiendo me indisasperan...
SERAF. Bueno, dales lo que quieran...
(*Los mozos se quitan la gorra.*)
y dejémonos de ruidos.
BRAUL. Dá gracias... al fin trunfastes;
pero el corazon se salta...
(*Dándole otra peseta.*)
Toma.
MOZO 1.° Otra falta.
BRAUL. ¿Otra falta?..
(*Dándosela como violentándose.*)
En butica te la gastes.
(*Vanse los mozos.*)
SERAF. Vamos, Braulio!.. ¡qué pesado!..
¿cuál es nuestro alojamiento...
BRAUL. Allí está el departamiento
de entrambos, por separado.
SERAF. Entra á tomar posesion,
hija mia, á descansar...
¿tú te querrás arreglar?..
pues anda, anda, corazon...
Eh!.. levanta esa cabeza,
y no nos abandonemos...
que al cabo descifraremos
este enigma... ¡fortaleza!
(*Casta muy pensativa entra en la habitacion de la derecha.*)
Braulio!.. Braulio!.. ¿dónde estás?
(*Se sienta.*)
BRAUL. (*Cuadrándose á su lado.*)
Aquí!
SERAF. Bien!.. hombre, qué tieso!..
Mira, llégate al Congreso,
y derechito te vas
á dónde esté D. Ramon

el portero, un hombre grave,
y le preguntas si sabe
donde vive el señor don
Cárlos Valdric Sandoval...
que aunque ya no es diputado!..
puede que... ¿Aún estas plantado...
(*Braulio echa á correr.*)
¡Que me den agua y panal!

ESCENA VIII.

SERAFIN.

¡Qué misterio es el que encierra
su conducta..? Habrá sabido
la muerte... ¿cómo no ha ido...
¿se le ha tragado la tierra?
Nadie habla de él... ¡por mi vida!
es cosa particular...
no!.. pues yo no he de parar
hasta encontrar su guarida.
Qué!.. si parece que fragua
el diablo... cuando no quiere
la estrella perra... y se muere
mi pobre hermanita...
(*Magdalena sale por el fondo con un vaso de agua y un esponjado, y se acerca á Serafin.*)

ESCENA IX.

MAGDALENA.—SERAFIN.

MAGD. (*Con voz conmovida.*)
El agua.

SERAF. (*Sin reparar en Magdalena toma el vaso con una mano y se pasa á la otra el esponjado.*)
No me queda otro camino...
(*Va á beber y tropieza su vista con la de Magdalena. Se queda estático contemplándola, y el vaso se le cae, al mismo tiempo que Magdalena*

deja escapar el plato, y se lleva el pico del delantal á los ojos.)
Ah!..
(*Breve pausa.*)
Infeliz!.. qué haces aquí?!..

MAGD. (*Sollozando.*)
Yo... jí!.. jí!..

SERAF. Calla!

MAGD. (*Mas fuerte.*)
Jí!.. jí!..

SERAF. (*Amenazándola en voz baja con el esponjado que rompe entre las manos.*)
Mira... ¡calla... ó te asesino!
¡Cómo tienes osadía,
tú, cuya vista me abrasa,
me... de entrar en esta casa?..

MAGD. Yo... vaya!.. porque es la mia.

SERAF. La tuya!.. ¡triste de mí!..
¿conque... (yo estoy marcado...)
al rango te has elevado
de ama de huéspedes?..

MAGD. Sí.

SERAF. Bien... sí, bueno es que te emplees...

MAGD. De mi suerte los rigores...
(*Vuelve á llorar.*)
me obligaron...

SERAF. (*Comprimiendo su enojo.*)
¡No me llores!

MAGD. Porque tú...

SERAF. (*Con viva inquietud.*)
¡No me tutees!..
(¡Pícaro Braulio! Salvaje!..
¡Va á llevar una sotana!..
¡Que no comprenda mi hermana...)
¿Dónde han puesto el equipaje...?

MAGD. En aquella habitacion...

SERAF. Busca mozos de cordel
que al punto carguen con él...

MAGD. ¡Se va usted...

SERAF. Sin remision.

MAGD. Ah!

SERAF. Chito!

MAGD. Me callaré...

SERAF. ¡Por vida del Dios Apolo!
¿no ves que no vengo solo?..
MAGD. Bueno... disimularé...
SERAF. Sí, ya baja, no permito...
MAGD. Yo ofrezco...
SERAF. No puede ser!
MAGD. Pero ¿qué mas puedo hacer?..
SERAF. Nada..! me voy...
MAGD. Sí? pues grito.
SERAF. Calla!.. ¡por las tres Marías...
(Mirando adentro.)
¡Mi hermana!
MAGD. Si usted promete...
SERAF. *(Encaminándola al fondo.)*
Chist!.. todo!... bien... pero vete!...
¡que sale!..

ESCENA X.

CASTA.—SERAFIN.

CASTA. Con quién reñias?
SERAF. ¿Con quién..? ¿yo..? ¡Calla, mujer!
¿reñir yo?.. yo..? ¡qué aprensiones!
tomaba disposiciones
para la hora de comer...
porque, chica, es natural...
y ¿qué tal te ha parecido
el hospedage escogido
por Braulio?..
CASTA. Ni bien ni mal;
pero es lo que se desea...
no ha tenido mal acierto.
SERAF. Eso sí!.. cierto, muy cierto!..
como que en cuanto le vea...
(Apretando los puños.)
las gracias le voy á dar...
CASTA. ¿Dónde está? ¿le has ocupado?
SERAF. Sí, hija mia, le he enviado
al Congreso á preguntar...
Y ya la vuelta debiera...
CASTA. Será en vano...

SERAF. Qué agonías!
No, dentro de un par de dias
quedaremos dentro ó fuera.
Conozco bien el telar
de la córte... yo saldré...
y verás... ¡no dejaré
un rincon por registrar!
CASTA. Pero... ¿qué le habrá pasado?
SERAF. ¿Quién sabe..? cuando cayó,
el otro aun... qué sé yo...
puede que lo haya ignorado...
puede... como él es así;
que se esté triste, afligido
en algun rincon metido...
(*Sale Braulio muy agitado corriendo.*)

ESCENA XI.

CASTA.—SERAFIN.—BRAULIO.

BRAUL. Las señas ya están aquí!
CASTA. ¿Las sabian?..
BRAUL. Don Ramon
en presona, uniformado,
aquí me las ha apuntado.
(*Saca varios papeles del bolsillo.*)
CASTA. ¡Oh Dios!
SERAF. ¿A ver?
BRAUL. (*Dando un papel á Serafin.*)
Estas son.
SERAF. (*Leyendo.*)
»Angosta de San Bernardo,
número tres, principal.»
(*Dándole el papel á Casta.*)
Pero... ¿no ves qué animal?..
(*Sacando á Braulio los papeles que lleva en el bolsillo.*)
¡Te las guardas...
BRAUL. ¡Yo me guardo..?
SERAF. (*Mirando uno tras otro los papeles que le ha sacado y tirándolos al suelo.*)
Esto no es...

BRAUL. Pero... ¿qué pasa?
SERAF. ¿Qué ha de pasar... ¡maldecido!?
Que las señas que has traido
son las señas de esta casa.
BRAUL. De esta casa?..
SERAF. ¡Voto á san!...
pues!.. ¡todo lo has embrollado!
¿dónde están las que te han dado?
BRAUL. (*Señalando al papel que tiene Casta.*)
¡Ah, mio señor... allí están!
SERAF. ¡Qué han de estar... ¡vas á morir!
¿Las has perdido... ¡machaca!
BRAUL. Metílas en la farraca...
SERAF. Vamos... tendré yo que ir...
(*Dirigiéndose con Braulio al cuarto de la derecha.*)
¡Dame la ropa!
BRAUL. Pero...
(*Entrando en el cuarto de un puntapié que le dá Serafin.*)
Ah!

ESCENA XII.

CASTA.

Sí... de acá... mas, bien podria
suceder... ¡oh Dios!... ¿seria
yo tan feliz...
(*Tirando del cordón de la campanilla.*)
Aquí habrá
alguien que de esta cruel
duda y enredada trama
nos ayude...
(*Sale apresuradamente Magdalena.*)

ESCENA XIII.

CASTA.—MAGDALENA.

MAGD. (Ya me llama...
(*Parándose de repente.*)
Ah!.. la Condesa... ¡no es él!)
CASTA. ¿La señora de esta casa?
MAGD. Servidora de Vuecencia.
CASTA. Deje usted los tratamientos...
MAGD. Muy bien, señora condesa.
CASTA. Tampoco; me llamo Casta.
MAGD. (¡Casta!..)
CASTA. Y usted?..
MAGD. (*Con humildad.*)
Magdalena.
CASTA. Pues bueno, dígame usted:
¿por casualidad se hospeda
alguno mas que nosotros
en su casa?
MAGD. Oh!.. no, no tenga
usted el menor escrúpulo:
el que habitaba esas piezas,
hoy mismo las ha dejado
y es posible que no vuelva.
CASTA. ¡Qué dice usted!.. ¿con que habia...
MAGD. Sí, señora... pero.
CASTA. Y... ¡era!..
MAGD. Don Cárlos...
CASTA. ¿Valdric!?
MAGD. No, no,
Sandoval.
CASTA. ¡Dios de clemencia!
El es!.. ¡y huye!
MAGD. ¿Pero...
CASTA. Ah!
SERAF. (*Dentro.*)
Qué es eso!..
(*Sale acabando de ponerse la levita, Braulio detrás.*)

ESCENA XIV.

CASTA.—MAGDALENA.—SERAFIN.—BRAULIO.

SERAF. (¡Aquí Magdalena!)
¡Qué haces aquí!.. digo!.. ¿Cómo!
¿quién es usted!
CASTA. Suerte adversa!
¡Aquí vive, aquí...
SERAF. Quién?
CASTA. Cárlos!
eran exactas las señas!
SERAF. ¡Qué dices!.. ¿eran exactas?
BRAUL. ¿Non dije...
SERAF. Calla, Babieca.
Pues, señor, mucho me alegro...
¡estamos de enhorabuena!
¿Y te afliges?
CASTA. Es que vá
á partir...
SERAF. ¡Que se detenga!
que aguarde...
CASTA. En este momento
tal vez de Madrid se aleja!
y ¡no sabe...
SERAF. ¡Braulio!.. corre!..
(Braulio arranca á correr.)
Avestruz! detente! espera!
¿Adónde vas?
BRAUL. A correr...
SERAF. A correr!.. si eres un pelma!..
Iremos los dos... Mas antes
sepamos ¿qué ruta lleva?
MAGD. No se sabe... esta mañana
supe que marchaba fuera;
pero aun tiene el equipaje
en su cuarto...
SERAF. Entonce es fuerza
(Casta entra en la habitacion de la izquierda.)
que él, ó alguno en nombre suyo
á apoderarse de él vengan.

MAGD. Es posible.
SERAF. Mire usted
¡que es tambien mucha ocurrencia...
¿Cuánto tiempo ha estado en casa?
MAGD. Dos meses.
SERAF. Corta es la fecha.
Y ¿qué vida es la que hacia?
¿alegre? ¿de calavera...
MAGD. ¿De calavera?.. ya!.. ya!..
¡mas cumplido anacoreta!..
siempre encerrado...
SERAF. (¡Me place!)
MAGD. Sombrío...
SERAF. (¡Miel sobre ojuelas!)
MAGD. Hablando con un ramito
seco...
SERAF. ¡Calle!... ¿aun lo conserva?
MAGD. Seguro que en los dos meses
no me ha dicho una docena
de palabras...
CASTA. *(Saca un ramito de flores seco envuelto en una gasa.)*
Serafin!
Mira...
MAGD. *(Asustada.)*
¡Ay, Dios mio!
CASTA. ¿Te acuerdas?
SERAF. Pues no?
CASTA. Ves? la pasionaria
coronada de violetas...
MAGD. Señorita!... ¡qué ha hecho usted!
¡Dios nos libre!... ¡si él supiera...
CASTA. Pues ¿cómo...
MAGD. Que en ese ramo
los sentidos y potencias
ha puesto. Vaya! ni el aire
lo puede tocar...
CASTA. De veras?
MAGD. Habrá tenido conmigo,
un dia floja reyerta
porque sin saber lo eché
dentro de la chimenea!...
(Campanillazo.)

Campanillazo

TODOS. Ah!
MAGD. Si será... bien podria...
(*Corriendo hácia el foro.*)
El ramo! el ramo!... que vuelva
á su sitio... ¡El mismo!
CASTA. Escóndete!
MAGD. El ramo!
SERAF. (*Entrando en la habitacion de la derecha con Braulio y Casta, que se lleva el ramo.*)
Dulce sorpresa!

ESCENA XV.

MAGDALENA.—*Despues* CARLOS.

MAGD. Se lleva el ramo!.. ¡eso es!
y aquí me quedo yo expuesta...
(*Sale Cárlos.*)
¡Hola don Cárlos..! y el viaje?
CARLOS. A las seis. A ver, que vengan
unos mozos.
(*Entra en su cuarto.*)
MAGD. ¡Qué de prisa...
¡Santo Cristo... ¡que no advierta...
que sí advertirá; sin duda,
viene por él... ¡Santa Tecla!
CARLOS. (*Gritando dentro: ruido de algun mueble que cae.*)
Pero... ¡con dos mil demonios!
¿no es cosa que desespera?!..
MAGD. Ea!... ya está... ¡ya la armó!
CARLOS. (*Saliendo.*)
Magdalena!.. Magdalena!!...
dónde está mi ramo...? ¿usted
le ha declarado la guerra...
¿no es esto?
MAGD. Yo?.. no, señor.
CARLOS. Pues dónde está?
MAGD. Bien quisiera...
CARLOS. Eso quiero yo tambien,
que parezca ¡que parezca!
(*Tomando una silla y sentándose de espaldas á Magdalena.*)

Y no me muevo de aquí
hasta que me lo devuelva:
ni duermo, como, ni bebo,
ni viajo!
(*Casta desde la puerta de la derecha hace señas á Magdalena para que se retire. Lo hace por el fondo, y Casta ocupa su lugar.*)

MAGD. (Allá se la avengan!)

ESCENA XVI.

CARLOS.—CASTA.

CARLOS. Por lo mismo que la he dicho...
¡mire usted que es mucha tema!

CASTA. Pero...

CARLOS. Nada!.. el ramo, el ramo!
(*Se levanta sin mirarla y se pasea muy agitado.*)
¡No apure usted mi paciencia!
El ramo!.. ó le pego fuego
á la casa, y se la llevan
cuantas legiones de diablos...

CASTA. (*Pillándole las vueltas.*)
Tal vez su dueño lo tenga...

CARLOS. ¿Su dueño...? yo soy su dueño...

CASTA. (*Poniéndosele delante.*)
No tal...

CARLOS. (*De mal aire.*)
Eh!...

CASTA. (*Inclinándose.*)
Soy yo...

CARLOS. (*Asombrado y apoyándose medio desvanecido en un mueble para no caerse.*)
Ah!.. ¡ella!!
Pero... ¡usted!.. ¿cómo..? ¿Esto es sueño?...
¿yo voy el juicio á perder...

CASTA. Es realidad!... á no ser
que recuse usted al dueño...

CARLOS. ¡Yo recusar... recusar...
al ídolo, al solo encanto...

CASTA. Pues ¿por qué ha tardado tanto...
sí, tanto en irlo á adorar?

CARLOS. ¡Qué dulce reconvencion!
Ah! señora; si tardé,
ciertamente que no fué
la culpa del corazon.
Tarde supe la ocurrencia
que en libertad la ha dejado
para amar... y he respetado
señora, hasta la apariencia.
CASTA. ¡Gracias, Cárlos!
CARLOS. Ademas...
usted me significó,
que sin su licencia, no
volviera á verla jamás.
Y cumpliendo mi destino...
mi redencion esperando,
he vivido suspirando...

ESCENA XVII.

CASTA.—CARLOS.—SERAFIN.—BRAULIO.

SERAF. Pues ha sido un desatino...
CARLOS. (*Tendiéndole los brazos.*)
Oh!... Serafin... Serafin...
SERAF. Aprieta hombre, ¡aprieta mas!..
CARLOS. ¿Cómo habeis dado...
SERAF. Ahí verás...
pero en fin, Carlos... en fin.
Aunque tú por lo que veo
pensabas echar raices...
CARLOS. Sí... tan cierto es lo que dices,
que esta tarde en el correo
á las seis, de todos modos...
SERAF. ¿Hácia Bilbao...
CARLOS. Sí.
SERAF. Pues
déjalo para despues,
que ya nos irémos todos.
Demos nuestra despedida
á Madrid, sin sobrecejo!..
y ¡á Bilbao con el viejo!

ESCENA XVIII.

CASTA.—SERAFIN.—CARLOS.—BRAULIO.—MAGDALENA.

MAGD. Está pronta la comida...
SERAF. Pues vamos á devorar...
(Casta y Cárlos hablan aparte.)
Magdalena... Magdalena...
esta chica me da pena...
¡si la pudiera casar..!
(Llamándola aparte.)
Oye... quisiera dejarte
feliz, tranquila... y no sé
de qué manera... porque
dí, ¿no piensas en casarte?
MAGD. ¿Casarme?
SERAF. Yo correria
con todo por decontado,
hasta asegurar tu estado...
MAGD. ¿Y el novio?
SERAF. No faltaria...
(Haciendo señas á Braulio para que se acerque.)
¡Acércate acá, simplon!
ponte ahí derecho... despacha!
(Braulio se estira gravemente.)
(A Magdalena dándole con el codo y señalando á Braulio.)
Eh..? qué te parece?
MAGD. *(Haciendo un desdeñoso mohin y volviendo la espalda.)*
Un facha.
SERAF. *(Contemplando á Braulio.)*
En eso... tiene razon.
BRAUL. *(Conservando la misma postura.)*
Peru... ¡ah señor!.. ¿qué me manda?
SERAF. Nada, hombre, ya está mandado:
¡ni sirves para casado!
BRAUL. *(Alegremente.)*
Sí que sirvo!
SERAF. Vamos, anda!
(Braulio se retira por el fondo.)

ESCENA ULTIMA.

CASTA.—SERAFIN.—CARLOS.

SERAF. (Ya pensaremos á ver
si hay medio de asegurar...)
(*Colocándose en medio de los dos.*)
Señores... bueno es hablar;
pero no es malo comer.
No sé si vosotros dos
pensareis... en cuanto á mí,
creo que los tres allí...
(*Accion de comer.*)
juntitos... eh?.. ¡gloria á Dios!
¡Venid, felices amantes!
cesó la angustiosa lid
que os afligia.. ¡venid
á mí... ¡excelencias cesantes!
(*A Cárlos.*)
La política ambicion,
chico, habrá que abandonarla...
CARLOS. Bah!.. Solo ambiciono amarla...
SERAF. (*A Casta.*)
En cuanto á tí, corazon,
que tanto y tanto has luchado
con el mas fiero destino,
manso raudal cristalino
á lo mejor estancado...
¡Por fin la mano de Dios
soberana, omnipotente...
abrió paso á la corriente,
y un paraiso á los dos...
Hermana mia... descansa,
que velastes por demás!
(*A Cárlos.*)
Y tú, desde hoy, ya verás
qué bien corre *el Agua mansa.*

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el Sr. Censor de turno y de conformidad con dictámen, puede representarse.

Madrid 4 de Enero de 1854.

Zaragoza.